

Alberoni

256

T.M.O.



# ALBERONI

ó

## LA ASTUCIA CONTRA EL PODER.

COMEDIA ORIGINAL

EN CUATRO ACTOS Y EN VERSO

DE

**Don Tomás Rodríguez Rubí.**

*Representada por primera vez en el teatro del Principe de esta corte, la noche del 28 de Mayo de 1846 á beneficio de la primera actriz*

**DOÑA MATILDE DIEZ.**



LIBRERIA

DE

**RUFINO ESTÉBAN,**

calle del Caballero de Gracia, 8.

*Hay un abundante surtido de comedias modernas, usadas, á la mitad de su precio.*

N. 6.

PERSONAS.

ACTORES.

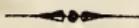
LA PRINCESA DE LOS UR-	
SINOS. . . . .	<i>Doña Matilde Diez.</i>
CAMILA. . . . .	<i>Doña Josefa Palma.</i>
ALBERONI. . . . .	<i>D. Julian Romea.</i>
D. ANTONIO DE ZAMORA.	<i>D. Florencio Romea.</i>
UBILLA, PRIMER MARQUÉS	
DE R. <sup>***</sup> . . . . .	<i>D. Antonio de Guzman.</i>
JUDAS. . . . .	<i>D. Pedro Lopez.</i>
STÉFANO. . . . .	<i>D. Pedro Niceto de So-</i>
	<i>brado.</i>
TERESA. . . . .	<i>Doña Micaela Duran.</i>
CABALLERO 1.º . . . . .	<i>D. Patricio Sobrado.</i>
2.º . . . . .	<i>D. Antonio Lozano.</i>
3.º . . . . .	<i>D. Carlos Spuntoni.</i>
4.º . . . . .	<i>D. Joaquin Estrada.</i>
UN PORTERO. . . . .	<i>D. Mariano Muñoz.</i>
UN CRIADO. . . . .	<i>D. Ramon Berenguillo.</i>
UN PAJE.	
DOS CRIADAS.	
DAMAS, CORTESANOS Y LACAYOS.	

---

*Esta comedia es propiedad del editor de la Galeria Dramática, el cual perseguirá ante la ley al que la reimprima ó represente en algun teatro del reino, ó en alguna Sociedad de las formadas por acciones, suscripciones ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuere su denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 5 de Mayo de 1837, 8 de Abril de 1839 y 4 de Marzo de 1844, relativas á la propiedad de las obras dramáticas.*

---

# Acto primero.



Una sala en la casa de la Princesa de los Ursinos: puerta en el fondo y otra mampara á la izquierda del actor: á la derecha un balcon.—Espejos, sillones y muebles ricos de la época.—Al levantarse el telón aparecen Camila delante de un espejo y dos criadas colocándole el velo.

## ESCENA PRIMERA.

CAMILA y dos criadas. Despues un PORTERO.

- CAMILA. Dejadme, está bien; andad  
y haced lo que os he mandado:  
ved antes si han enganchado  
la carroza, y avisad.  
(*Vanse las criadas y sale el Portero.*)
- PORTERO. Para saludar á usia  
licencia pide, señora,  
el caballero Zamora.
- CAMILA. Dejadle entrar.—(*Vase el Portero.*)  
Aun mi tia  
en su despacho decreta...  
con eso en tanto allá esté  
hablar á solas podré  
con el ilustre poeta.

## ESCENA II.

CAMILA. ZAMORA.

- CAMILA. Don Antonio de Zamora,  
honor de la poesia  
castellana... muy buen dia. —
- ZAMORA. Habiéndoos visto, señora,  
no puede menos de ser  
venturoso para mí. —  
Que no estuviérais temí...
- CAMILA. ¿Mucho? ¿se os puede creer?
- ZAMORA. ¿Y vos, lo podeis dudar?  
Pruebas os dí con esceso  
de que el amor que os profeso  
nada tiene de vulgar.  
Sabeis há tiempo, Camila,  
que os declaró el labio mio  
por reina de mi albedrio,  
y que mi fé no vacila :  
que evito vuestros enojos,  
que, á mi pesar, en secreto  
os amo, y que estoy sujeto  
al imán de vuestros ojos.  
De esto que yo sin cesar  
tantas veces os juré,  
decidme de buena fé,  
¿os es posible dudar?
- CAMILA. Algo la duda me inquieta...
- ZAMORA. Incrédula sois, señora.
- CAMILA. Don Antonio de Zamora,  
¿qué quereis? ¿si sois poeta!...
- ZAMORA. Y ¿es un delito ese apodo?
- CAMILA. Delito no; pero es causa  
para escucharos con pausa  
y dar cuarentena á todo.
- ZAMORA. Mas ¿por qué, señora mia?
- CAMILA. Porque los poetas son  
gentes que por religion  
profesan la idolatría.  
Todo en su esencia lo adoran:

en todo encuentran donaire,  
 y de las flores, del aire,  
 de los rios, se enamoran.  
 Nada á su anhelo se esconde,  
 y cada cual hace gala  
 de amar á cierta zagala  
 que habita, Dios sabe donde.  
 Con que ved, amigo mio,  
 si en mis amantes desvelos,  
 es justo que me den zelos  
 el aire, la flor, el rio.  
 Y que á mas de esta amargura  
 que habrá de sufrir el alma,  
 me robe tambien la calma  
 una campestre hermosura.  
 Con mucha gracia en verdad  
 y con razones discretas,  
 á nos, los pobres poetas,  
 acusais de veleidad.  
 Mas si aman tan fácilmente  
 á los vientos bramadores,  
 los matices de las flores  
 y el ímpetu del torrente,  
 es porque siguiendo vá  
 su espíritu á la grandeza...  
 es que adoran la belleza  
 á donde quiera que está.  
 Nadie con mas corazon  
 ni entusiasmo adora que ellos  
 esos misterios tan bellos  
 de la sublime creacion.  
 En ella, es justo, prefiere  
 cada cual en el secreto  
 de su conciencia, al objeto  
 que mas le halaga ó le biere.  
 Y á su culto se dedica,  
 le dá ofrendas á su modo,  
 y en cuanto vé y toca, en todo  
 lo encuentra y personifica.  
 Mas yo, aunque adoro tambien  
 la mano reguladora  
 que es en su esencia creadora

ZAMORA.

eterna fuente del bien,  
no en la flor y el aura pura  
adoro, señora, á Dios;  
sino que le adoro en vos...  
que sois su mejor hechura.

CAMILA.

Mal hice yo en provocar  
este combate, Zamora:  
tan lejos fuísteis, que ahora  
ninguno os podrá alcanzar.

ZAMORA.

La justicia asiste al bueno...

CAMILA.

No es eso; es que discrecion  
teneis, y en esta ocasion  
luchais en vuestro terreno.

Y ¿cómo lidiar en él  
por mucho que yo me aliente,  
con el que ciñe á su frente  
el poético laurel?

ZAMORA.

Triunfar en él no deseo;  
permitidme que rechace  
la ventaja, y si esto os place,  
dejemos el discreteo.

De la region celestial  
por donde íbamos perdidos,  
bajemos, Camila, unidos  
á la mansion terrenal.  
Mi gloria será mayor:  
cambiad, cambiad de terrenos...  
todos ellos serán buenos  
para acrisolar mi amor.—

CAMILA.

¿De qué modo?

ZAMORA.

Ese es muy llano:  
hoy, perdonad mi osadia,  
á vuestra muy noble tia  
voy á pedir vuestra mano.

CAMILA.

¿Zamora!

ZAMORA.

¿Os sorprende?

CAMILA.

Sí.—

ZAMORA.

¿Para qué os lo he de negar?  
Sé que es mucho ambicionar;  
pero ya que merecí  
señora, vuestro favor,  
lo he de tomar por escudo:

hasta hoy por amor fuí mudo,  
hoy hablaré por amor.

¿Consentís, Camila bella,  
en que dé este paso aquí?

CAMILA. No hay reparo en cuanto á mí...

pero ¿olvidais quién es ella?

ZAMORA.

Princesa de los Ursinos  
es, y por mas blason  
dirije de esta nacion  
hace tiempo los destinos.

Que su voluntad es ley  
sé tambien, nadie lo ignora,  
y que en nuestra España ahora  
es ella el gobierno, el rey...

¿Quereis por esto que huya?

Por mas que en este recinto  
no tenga Felipe quinto

mas voluntad que la suya,

tened en cuenta, señora,

que á nadie cede en valía

ni en sangre ni en hidalguía

don Antonio de Zamora.—

Y aunque olvide por mi mal

cuanto se debe á mi nombre,

sabe que soy gentil-hombre

de la cámara real.

Esto para mereceros

sé que es poco, y nada valgo,

pero á lo menos ya es algo

para poder pretenderos.—

¿No opinais de igual manera?

CAMILA.

Con la duda me ofendeis.

Mejor que nadie sabeis

que en mi corazon no impera

del orgullo la pasion;

que en mucho estimo, y me fundo,

mas que las pompas del mundo

las prendas del corazon.

ZAMORA.

Camila, acordes estamos.

CAMILA.

Mas tal vez en esta empresa

no opinará la princesa

como los dos opinamos.

- ZAMORA. Temor es que me importuna...  
mas, no en mi seno lo admito;  
de cobardes no se ha escrito,  
yo quiero probar fortuna.
- CAMILA. Bien, probadla; me acomodo:  
pero vedlo por demas...  
no por lograr algo mas,  
de una vez se pierda todo.
- ZAMORA. Confio en mi buena estrella...
- CAMILA. Ved que ha ofrecido mi mano  
al Conde de Montellano...
- ZAMORA. Pues se quedará sin ella-
- CAMILA. Vuestra fé me maravilla...  
y ¿cuándo la habeis de hablar?
- ZAMORA. Cuando me quiera escuchar.
- CAMILA. Con don Antonio de Ubilla,  
el ministro universal,  
está un asunto harto grave  
despachando.
- ZAMORA. En cuanto acabe  
presento mi memorial.
- CAMILA. Pensadlo con mas despacio...  
(Sale el Portero y dice.)  
La carroza está, señora. (Vase.)
- CAMILA. Llegó el momento, Zamora:  
estoy de guardia en palacio.
- ZAMORA. En vuestra ausencia me asista  
igual dicha...
- CAMILA. (Dirigiéndose al fondo.) Hasta la tarde.  
(Al salir se encuentra en la puerta con un nuevo interlocutor á quien dice.)  
A Dios, Alberoni. (Vase.)

### ESCENA III.

ALBERONI. ZAMORA.

- ALBERONI. (Inclinándose cortesmente.)  
Él guarde  
á la bella camarista.  
Perdonad mi impertinencia...  
que estaban, yo no sabia

hermosura y poesia  
 en secreta conferencia.—

ZAMORA. No abrigueis temor ninguno:  
 nuestro secreto sabeis,  
 por tanto, ser no podeis  
 con nosotros importuno.

ALBERONI. Sois el mas afortunado  
 vate que yo he conocido:  
 rico, y jóven, y aplaudido,  
 y por tal belleza honrado...  
 ¿qué falta ya á vuestra gloria?

ZAMORA. Todo, Alberoni.—

ALBERONI. ¡Qué escucho!

ZAMORA. Sí señor; me falta aun mucho  
 para cantar la victoria.

ALBERONI. No desprovisto se halla  
 vuestro seno de ambicion.

ZAMORA. Será: por esa razon  
 hoy voy á dar la batalla.  
 De gloria me hablais ahora...  
 mucho halaga á mis deseos:  
 hoy en ambos coliseos  
 suena el nombre de Zamora;  
 y atravesando el espacio  
 con estrepitoso giro,  
 resuena en el Buen Retiro  
 y en el Salon de Palacio.

Sí, grande satisfaccion  
 deja un triunfo tan completo:  
 es muy grato ser objeto  
 de la pública atencion...

Mas con todo, amigo mio,  
 á pesar de ese alboroto  
 que tantos envidian, noto  
 dentro del alma un vacio  
 que mi espíritu aniquila:  
 yo necesito de un sér  
 que me entienda... una muger...  
 y esa muger es Camila.—

ALBERONI. ¿De qué os quejais? ¿vuestra bella  
 no os ama?

ZAMORA. En secreto, sí...

- y eso no es digno de mí:  
aspiro á unirme con ella.
- ALBERONI. ¡Pretensiones singulares!  
¿poeta, y casado?... ¡malo!
- ZAMORA. Os agradezco el regalo;  
mas en dichos tan vulgares  
vos nunca podreis creer:  
antes bien en esta empresa  
con la orgullosa Princesa  
me vais á favorecer.
- ALBERONI. ¡Yo!... ¿quién mejor, don Antonio  
que vos os hará el partido?  
¿vos, que estais tan decidido  
á aceptar el matrimonio?
- ZAMORA. Nada, sed mi medianero:  
conozco vuestra pericia,  
y á mas, de ella, con justicia,  
sois amigo y consejero.
- ALBERONI. Su amigo... esacto, es verdad:  
por mi aumento se interesa,  
y acostumbra la Princesa  
á honrarme con su amistad.  
Pero estais en un error,  
porque el que mas confianza  
tiene aqui, si es que algo alcanza,  
lo que alcanza es lo peor.  
Con el amigo leal  
se tiene siempre cumplido...  
mas vos que habeis conseguido  
un nombre tan colosal;  
vos predilecto de Apolo,  
por hoy no habeis menester  
que os vengan á proteger  
porque á vos os bastais solo.  
Vos por vuestra suficiencia  
podeis tratar buenamente  
esta cuestion frente á frente  
y de potencia á potencia.  
Pues si ella logró abarcar  
las riendas con su saber,  
vos tambien ese poder  
lo podeis contrarestar.

Porque yo aun ignoro, en suma,  
 y saberlo no es posible,  
 qué cosa aqui es mas temible,  
 si su enojo ó vuestra pluma.  
 Ella á su antojo dá leyes,  
 y vos siempre que quereis  
 en ridículo poneis  
 nobles, príncipes y reyes.  
 Vos haceis con vuestros bellos  
 asuntos y buen decir  
 á todo un pueblo reir  
 por mas que les duela á aquellos.  
 Y no modesto se tuerza  
 vuestro gesto, no es razon;  
 ahí está en comprobacion  
 vuestro *Hechizado por fuerza*.  
 Lo mas chistoso del mundo,  
 y que aunque muy disfrazado,  
 todos en él han hallado  
 al pobre *Carlos segundo*.  
 Respetan vuestro talento,  
 y nunca os disgustarán...  
 por aquello del refran  
*quien hace un cesto hace ciento*.

ZAMORA.

Veo que dais harta importancia  
 á la suficiencia mia,  
 y si os creyera seria  
 mas grande mi petulancia.  
 Es vano todo cartel...  
 ni sirven para vehículo,  
 pues no temen al ridículo  
 porque están viviendo en él.

ALBERONI.

¡Tuviera yo vuestras armas!...  
 ¡Oh!... yo las esgrimiria  
 mejor que vos... los tendria  
 en repetidas alarmas...

ZAMORA.

¡Vos!

ALBERONI.

Quiero decir, Zamora;  
 si yo á mi vez codiciara  
 lo que vos... la cosa es clara;  
 mas como no aspiro ahora...

ZAMORA.

Alberoni, perdonad;

temo que otra cosa os quede,  
pues todo esperarse puede  
de vuestra capacidad.

Dejad que yo acá presuma  
los secretos que escondéis...  
vos á nada aspirareis,  
mas subís como la espuma.  
Desde que en España estais,  
con el Rey, con la Princesa  
teneis amistad y mesa,  
y mucho de ambas cuidais.

ALBERONI. Y de eso ¿qué presumís?

ZAMORA. Presumo que puede ser  
un puente para el poder...

ALBERONI. Pensad bien lo que decís...

ZAMORA. Esto, amigos y contrarios  
de vos presumen ahora.

ALBERONI. Pues no os lanceis vos, Zamora,  
en juicios tan temerarios.

ZAMORA. Así lo haré si os agrada:  
yo nunca os he de poner  
obstáculos, ni he de ser  
para vos útil en nada.—  
Solo me trae cuidadoso  
mi dulce, amoroso afan,  
con el cual unidos van  
mi porvenir, mi reposo...

ALBERONI. ¿Quereis, don Antonio amigo,  
que en él os sirva de guia?

ZAMORA. Teneis la obediencia mia.

ALBERONI. Pues bueno, contad conmigo.

Esplicad vuestro interés  
á la Princesa; ¿qué os cuesta?  
y al tenor de su respuesta  
asi obraremos despues.

Si os dejais guiar por mí,  
por seguro cuento yo  
que aunque ahora os diga que no,  
despues os dirá que sí.—

ZAMORA. Alberoni, acepto el plan...

¿es cuestion de desafio?  
vuestro parecer y el mio

- en todo de acuerdo están.
- ALBERONI. Si al fin salis vencedor,  
gran triunfo habreis conseguido:  
si luchais y sois vencido,  
esta lucha os dará honor.
- ZAMORA. Con eso la negra honrilla...
- ALBERONI. Silencio y dejadme obrar.  
(*Un lacayo de la Princesa abre la mampara.*)
- ZAMORA. Ya sale de despachar  
el buen don Antonio Ubilla.  
(*Sale Ubilla seguido de su paje que llevará debajo del brazo la cartera del despacho.*)

#### ESCENA IV.

ALBERONI. ZAMORA. UBILLA. EL PAGE.

- UBILLA. (*Al Page.*) Dejadme sobre la mesa  
la cartera. (*Vase el Page.*)  
¡Oh, caballeros!  
saludo á los mas sinceros  
amigos de la Princesa.—  
(*Se coloca en medio de los dos.*)
- ZAMORA. Y del Rey, señor Marqués.
- UBILLA. ¿Y del Rey? por precision,  
porque...
- ALBERONI. Sí, teneis razon;  
porque ella y él, uno...
- UBILLA. ¡Pues!—
- ALBERONI. Y con mas motivo ahora...
- UBILLA. Como que es la que despacha  
y añade, y reforma, y tacha...  
¡Oh! ¡es mucha, mucha señora!
- ALBERONI. Y ¿qué tal capacidad?  
¿en el despacho corriente  
lo hace bien?
- UBILLA. ¡Perfectamente!  
mejor que su magestad.  
Como he descubierto yo  
que aumenta el Rey cada dia  
su negra melancolía  
desde aquel en que enviudó;

que hablar con él es en vano;  
 que el tiempo rápido pasa  
 y el despacho se retrasa,  
 quise salir del pantano.  
 Y propuse, mientras cesa  
 su duro, amargo quebranto,  
 que despachára entre tanto  
 la esclarecida Princesa.  
 De este modo, á no dudar,  
 su magestad descansaba,  
 porque así no le quedaba  
 mas que hacer que el de firmar.—  
 Mi plan se aprobó... y pardiez  
 que con ella hay que andar listo:  
 ¡qué comprension! yo no he visto  
 jamás tanta rapidéz  
 para enterarse... ¡qué modo  
 de discurrir!... su elemento  
 es este, sí; en un momento  
 hecho se lo encuentra todo.

ALBERONI.

UBILLA.

¿Y eso os estraña?

¿Pues no?

¡qué!... ¡si me tiene asombrado!  
 sabe de asuntos de Estado  
 casi tanto como yo.—

ALBERONI.

ZAMORA.

(Mucho mas.)

De ella es ageno  
 el pecado de ignorancia:  
 las córtes de Italia y Francia  
 la han educado en su seno,  
 y prueba hasta la evidencia  
 que sabe del bien y el mal,  
 por talento natural  
 y ademas por esperiencia.

UBILLA.

Perfectamente observado:  
 en el quid ha dado ahora  
 nuestro célebre Zamora.

ALBERONI.

Si no es punto reservado  
 decidnos en confianza,  
 puesto que aquí sin testigos  
 estamos y sí entre amigos...  
 ¿qué tenemos de alianza?

- UBILLA. ¿De alianza, eh? ¿la del Norte?  
 ALBERONI. La del Rey.—  
 UBILLA. ¡Ah!...  
 ALBERONI. Ya ha pasado  
 todo el tiempo señalado  
 para el luto de la corte.—  
 Y creo que con presteza  
 debe el gobierno pensar  
 en hacer al Rey casar...  
 porque si no esa tristeza...  
 UBILLA. ¡Oh! sí... va siendo estremada:  
 la vemos cual vos la veis...  
 pero amigo ¿qué quereis?  
 aun no hemos pensado nada.  
 ALBERONI. ¡Báh!... ¿no quereis revelar...  
 UBILLA. Eso á la Princesa bella;  
 á nosotros no, como ella  
 es la que lo ha de casar...  
 ALBERONI. Hoy usais, señor Marqués,  
 de muchas reservas...  
 UBILLA. No,  
 os hablo sin ellas...  
 ALBERONI. ¡Oh!  
 picarillo...  
 UBILLA. Hasta despues.  
 ALBERONI. ¿Ya huís? eso es ser prudente...  
 UBILLA. No, no; es que llegó mi hora...  
 (*Se saludan y se retira el Marqués.*)

## ESCENA V.

ALBERONI. ZAMORA.

- ALBERONI. ¿Habeis tratado, Zamora,  
 á un hombre mas inocente?  
 ¿Es este el que está encargado  
 del timon de nuestra nave  
 en la situacion tan grave  
 en que se encuentra?... ¡menguado!  
 Ya veis como se presenta  
 y cuánto el poder estima:

- ella está en boga, y se arrima  
al sol que mas le calienta.
- ZAMORA. Por supuesto, eso hacen todos.
- ALBERONI. Sí, cierto; está esa ambicion  
en la humana condicion,  
pero el caso está en los modos.  
Este el mando se propone  
y á la Princesa se aplica;  
pero tanto la deifica  
que en ridículo la pone.  
Ya veis, cuanto mas la endiosa,  
su nulidad él confiesa:  
dijo que el Rey y la Princesa  
son hoy una misma cosa...
- ZAMORA. Como no éramos profanos,  
y sin testigos ahora...
- ALBERONI. En política, Zamora,  
no hay amigos, no hay hermanos.  
Y aunque esacto por demás  
eso fuera allá en lo interno,  
de la boca de un gobierno  
no debe salir jamás.
- ZAMORA. Me place vuestra severa  
opinion, vuestra energía...
- ALBERONI. ¡Ps!... yo digo lo que haria  
si en su lugar estuviera.
- ZAMORA. ¿Quién sabe?... puede que vos...
- ALBERONI. (*Mirando á la izquierda.*)  
Ahí la teneis: mi consejo  
no echeis en olvido; os dejo  
con ella á solas.—A Dios.

## ESCENA VI.

ZAMORA.

Llegó el instante supremo:  
el cielo en esta ocasion  
me otorgue su bendicion...  
mucho espero... y mucho temo...

## ESCENA VII.

LA PRINCESA. ZAMORA.

- PRINCESA. ¡Qué fortuna tan sin tasa!...
- ZAMORA. Siempre á vuestros pies, señora.
- PRINCESA. Yo ignoraba que Zamora  
estaba honrando mi casa.  
Que tan temprano y tan solo  
se hallaba aquí retirado  
el vate privilegiado,  
el protegido de Apolo.
- ZAMORA. Señora, es justo mi celo:  
ved que esta es vuestra morada,  
y que á los vates agrada  
habitar cerca del cielo.
- PRINCESA. Mucho me lisonjeais...  
pero en este cielo...
- ZAMORA. ¿Qué?
- PRINCESA. Presumo que no seré  
el ángel á quien buscáis.
- ZAMORA. ¿Por qué en creerlo vacila  
mi señora la Princesa?
- PRINCESA. ¿Con que soy yo? ¡qué sorpresa!  
¿aun no habeis visto á Camila?
- ZAMORA. ¡Oh! sí señora; y la hablé.
- PRINCESA. Y ¿cómo tan corto espacio?...
- ZAMORA. Está de guardia en Palacio...
- PRINCESA. Y ¡os quedásteis!
- ZAMORA. Me quedé.
- PRINCESA. Eso es ya muy diferente:  
no habiéndola vos seguido  
enamorado y rendido  
como haceis frecuentemente,  
me dais á entender, Zamora,  
que os habeis quedado aquí  
para hablarme... ¿no es así?
- ZAMORA. Esactamente, señora.
- PRINCESA. ¿Lo acerté? me alegro mucho.  
¿Vais á contarme algun lance,

ó á leerme algun romance?  
*(Mirando al reloj de sobremesa.)*  
 Aun hay tiempo... ya os escucho.

ZAMORA. No es un romance, en verdad,  
 lo que os voy á referir:  
 os voy, señora, á pedir  
 mi eterna felicidad.

PRINCESA. ¿A un hombre tal como vos  
 feliz yo lo puedo hacer?

ZAMORA. Feliz cuanto puede ser.—

PRINCESA. Hablad en nombre de Dios.  
 No alcanzo vuestro deseo...  
 de mí ¿qué esperar podeis?  
 ¿hombres? hartos teneis:  
 por ventura ¿algun empleo?  
 Ya uno supo en muy buen hora  
 vuestro genio conquistarse:  
 ¿cuál mejor, que el de llamarse  
 don Antonio de Zamora?

ZAMORA. Por mucho que en vuestros lábios  
 me envanezca esa opinion,  
 vos sabeis bien que no son  
 felices todos los sábios.  
 Tener gloria por demás  
 y honores y nombradía,  
 no basta, señora mia,  
 cuando se codicia mas.

PRINCESA. ¿No adivináis mi deseo?  
 Por mas vueltas que le doy,  
 no logro entenderos hoy...

ZAMORA. Pues bien: codicio un empleo.

PRINCESA. Me llenais de confusion...  
 ¿cuál es... decid, que no en vano...

ZAMORA. Obtener la blanca mano  
 de Camila, es mi ambicion.

PRINCESA. ¡La mano de mi sobrina!

ZAMORA. Ya consagré mi albedrio...

PRINCESA. Vaya, vaya, amigo mio,  
 que la invencion es divina:  
 Gastais unas chanzas fieras:  
 y yo... ¡inocente de mí!  
 que os escuchaba y creí

que todo ello iba de veras...  
 ¡Vos á quien nada resiste,  
 pretendiendo muy formal  
 el yugo matrimonial!...  
 la ocurrencia tiene chiste.

ZAMORA. Con todo mi corazon  
 os dije cuanto sentia...  
 y ¡pese á la estrella mia!  
 siento que en esta ocasion  
 de mi alma este misterio  
 tomeis á broma, Princesa.

PRINCESA. Y á mí Zamora me pesa  
 que vos lo tomeis en sério.  
 Mas ya que me equivoqué,  
 y que vos sério seguís,  
 y sériamente insistís,  
 en sério os contestaré.

Mirad : si os he permitido  
 con los mejores deseos,  
 inocentes galanteos  
 con Camila, ha consistido,  
 en que sé que están sujetas  
 á mentir duelos y amores  
 y á brindar siempre con flores,  
 las almas de los poetas.

Mas ya que en esta ocasion  
 sin quererme comprender,  
 al aire pensais tender  
 las alas de la ambicion,  
 mi lábio este aviso os dá :  
 aspirar de ella á ser dueño,  
 es un poético sueño,  
 que no se realizará.

ZAMORA. ¡Já!... ¡já!... ¡já!... ¡Princesa mia...

PRINCESA. ¿Os reis!

ZAMORA. ¿Se os ha olvidado  
 que habeis conmigo apostado  
 que nadie os engañaria?

PRINCESA. Con que ¿ha sido...

ZAMORA. Sí, por Dios,  
 todo ficcion, ya lo veis...  
 desde hoy jamás aposteis...

- PRINCESA. Me alegro mucho por vos.
- ZAMORA. Aun es mayor mi contento...
- PRINCESA. El mio es tal, que os declaro  
sin restriccion ni reparo  
monarca del fingimiento.
- ZAMORA. ¡Chistoso lance, señora!...  
¡Oh! si Dios no lo remedia,  
he de hacer una comedia...
- PRINCESA. Muy bien pensado, Zamora.—  
Pero medítadla bien,  
pues lamentable seria,  
que asunto de tal valía  
se escuchára con desden.  
Vedlo bien punto por punto,  
porque una derrota ahora...
- ZAMORA. Cuento con fuerzas, señora;  
se aplaudirá... es buen asunto.
- PRINCESA. No mucho; desconfiad...
- ZAMORA. Ya lo vereis...
- PRINCESA. También vos,  
os lo repito... y á Dios;  
me espera su magestad.  
Si la llegais á escribir  
avisadme.—
- ZAMORA. ¡Oh! sí señora:  
¿ireis á verla?
- PRINCESA. Zamora...  
sí tal, os iré á aplaudir.  
(*Aparte y dirigiéndose al foro.*)  
Si está en su juicio cabal,  
nunca será tan osado.—

## ESCENA VIII.

ZAMORA.

¡Oh!... ¡cuán hondo me ha clavado  
su fiero, agudo puñal!—(*Se sienta.*)  
Vano ha sido este pretesto,  
mi intencion ha conocido...  
de mí propio estoy corrido...  
¡qué en ridículo me he puesto!

Y todo por confiado...  
 yo ante mi nombre creía  
 que todo se postraría...  
 ¡bien mi soberbia ha humillado!

(Sale Alberoni sin que Zamora lo note hasta que le habla.)

## ESCENA IX.

ALBERONI. ZAMORA.

ALBERONI. (*Apoysándose en el respaldo del sillón en que está sentado Zamora.*)

¿Qué tal?

ZAMORA. Perdí la esperanza.

ALBERONI. ¿Ninguna os queda?

ZAMORA. Ninguna.

ALBERONI. Vedlo bien, que aun teneis una...

ZAMORA. (*Incorporándose.*)

¿Cuál puede ser?

ALBERONI. La venganza.

ZAMORA. ¡Venganza con ella!

ALBERONI. Sí...

ZAMORA. ¿Quién se puede prometer  
 luchar con ella y vencer?...

ALBERONI. Si vos lo pensais así,  
 dad vuestras quejas al aire :  
 lamentaos de sus desvios,  
 de la fama despedios...  
 y quedaos con el desaire.—

ZAMORA. ¡Oh! no, ¡jamás!... la barrera  
 que ella ha osado interponer  
 sabré en mi enojo romper,  
 aunque en la demanda muera.  
 Para conseguirlo, os juro  
 que todo lo he de arrostrar...  
 mas yo quisiera encontrar  
 un medio firme, seguro...

ALBERONI. Yo he estado en Italia hermosa  
 mucho tiempo...

ZAMORA. Ya lo sé...

ALBERONI. Y en punto á venganzas...

- ZAMORA. } Qué?  
 ALBERONI. (Tomando un polvo.)  
 Entiendo ya alguna cosa.
- ZAMORA. Veamos.  
 ALBERONI. ¿Qué pensais vos hacer?
- ZAMORA. Obligarla á darme satisfaccion, conjurarme en público...
- ALBERONI. ¡No por Dios!  
 no hagais tal por vuestra vida:  
 ese medio es muy inocente;  
 si la retais frente á frente,  
 os ganará la partida.  
 Oid.—Cuando hay pretension de vencer á un adversario,  
 ante todo es necesario...  
 cachaza y mala intencion.  
 Escribid una comedia,  
 ¿entendeis?
- ZAMORA. Sí, ya está en planta:  
 habrá en ella una intriganta  
 que pondré de vuelta y media.
- ALBERONI. Que no sea de invencion  
 la heroina...
- ZAMORA. ¿Qué mas tiene?  
 ALBERONI. Mucho; porque no conviene  
 que os conozcan la intencion.  
 No es bueno, y lo aprobareis,  
 que hagais directo el ataque...  
 sino que el público saque  
 la alusion... ¿me comprendeis?  
 Mayor será vuestra gloria  
 y la herida mas mortal,  
 si en esta lucha formal  
 os apoyais en la historia.
- ZAMORA. (Pensativo.) ¿En la historia... ¡sí!
- ALBERONI. ¿Me fundo?
- ZAMORA. Personages hay del porte  
 de la Princesa en la Corte  
 del Rey don Carlos segundo.
- ALBERONI. ¡Bien en ella estais versado!

- ¡buen ojo!... ¡perfectamente!...  
el pasado y el presente  
de un golpe habeis comparado.
- ZAMORA. Entonces... sí; con espresa  
autoridad soberana,  
mandaba doña Mariana...
- ALBERONI. Pues, y ahora la Princesa.
- ZAMORA. Entonces... me acuerdo bien,  
su influencia empleó toda  
con el Rey... y hubo una boda...
- ALBERONI. Y ahora hay boda tambien.
- ZAMORA. Y entonces, nadie lo ignora,  
hubo aqui de mil maneras  
influencias extranjeras...
- ALBERONI. Lo mismo sucede ahora.—
- ZAMORA. Castigaré su arrogancia.
- ALBERONI. No hay mas diferencia hoy dia,  
que entonce el Austria influia  
y ahora manda la Francia.
- ZAMORA. Mas ¿pensais que entenderán...
- ALBERONI. Con vuestra pluma galana,  
pintad á doña Mariana,  
y el retrato encontrarán.  
¡Oh!... ¡son aqui muy ladinos!  
y al verla, dirán ¡esa! ¡esa!  
esa misma es la Princesa,  
¡la estrangera! ¡la de Ursinos!...
- ZAMORA. Está bien: el alma llena  
de animacion siento ya...
- ALBERONI. ¿Vais á trazar...
- ZAMORA. Claro está;  
luego es tarde, estoy de vena.
- ALBERONI. Cuidad que tenga interés...
- ZAMORA. Vos lo vereis antes.
- ALBERONI. Bueno;  
mojad la pluma...
- ZAMORA. ¡En veneno!
- ALBERONI. Bien, Zamora.
- ZAMORA. Hasta despues.

## ESCENA X.

ALBERONI.

Que apuren la amarga copa :  
cabezas como la mia  
tienen que hacer algun dia  
la revolucion de Europa.  
Por de pronto este resorte  
producirá... lo estoy viendo...  
no vá á ser malo el estruendo  
que voy á armar en la corte.  
Dicen que han dado en creer  
que Alberoni en este instante  
es hombre poco importante  
de quien nada hay que temer...  
Pues yo sabré en esta empresa  
derribar ¡pese al infierno!  
con la comedia, al gobierno :  
con la boda, á la Princesa.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

---

## Acto segundo.

---

Sala de despacho en la casa de Alberoni: mesas, sillones y estantes con libros: puerta en el fondo y otra á la izquierda.— Al levantarse el telon aparecen sentados formando un semicírculo Alberoni, D. Judas y los Caballeros.—Stéfano, retirado de los demas, dá muestras de no cuidarse de lo que pasa en la escena.—En el centro una mesa pequeña con tapete largo y papeles: Zamora de pié y al lado de ella leyendo un manuscrito.

### ESCENA PRIMERA.

ALBERONI. ZAMORA. STEFANO. D. JUDAS. CABALLEROS 1.<sup>o</sup>, 2.<sup>o</sup>, 3.<sup>o</sup> y 4.<sup>o</sup>

ZAMORA. (*Leyendo*) «Señores; esta es la ley que el Rey manda publicar: pronto las bodas del Rey tendremos que celebrar, y quiere que todo sea paz, concordia entre sus hijos: que truequen por la pelea las fiestas y regocijos. Ninguno vuelva perjuro la muerta hoguera á encender, porque hoy subo yo al poder, y en nombre del Rey le juro,

que tiene el gobierno fuerza  
para velar por la España :  
y sin que nada la tuerza ,  
y sin influencia estraña ,  
desde el uno al otro mar ,  
desde el viejo al nuevo mundo ,  
otra voz no ha de sonar  
que la de Cárlos Segundo.»

LOS CABALLEROS. ¡Magnífica! ¡Bravo! ¡Bien!  
¡Soberbia!...

JUDAS. Tiene intencion...  
¡brillante composicion!

CAB. 1.º Pues ¿y los versos?

CAB. 2.º, 3.º y 4.º ¡Tambien!

CAB. 1.º Recibid la enhorabucna...

ZAMORA. La dais con harta premura...

CAB. 1.º No tal; es cosa segura:  
está de riqueza llena,  
y el interés va derecho  
al alma... ya lo vereis  
Zamora, no lo dudeis,  
es lo mejor que habeis hecho.

CAB. 2.º, 3.º y 4.º ¡Sí!... ¡sí!

ZAMORA. Agradezco, señores,  
la bondad...

JUDAS. Con tanto extremo  
es buena, que mucho temo  
que os cause algunos dolores...

ZAMORA. ¿Dolores?

JUDAS. Sí, ciertamente;  
cuanto ahí poneis en danza  
tiene tanta semejanza  
con la época presente...  
y vais por tales caminos...  
que si llega, buen Zamora,  
á saberlo la señora  
Princesa de los Ursinos,  
contad por seguro que  
hará porque se os enrede  
en alguna trama, y puede  
que algun disgustillo os dé.

ZAMORA. Si ella asi lo estima, bueno :

cuanto haga por enredarlo,  
 á mi vez sabré afrontarlo  
 con rostro firme y sereno. —  
 No tengo en esto la gloria  
 de la invencion; y me obligo  
 á probar que esto que digo  
 lo dice tambien la historia.  
 Ahora, aquí para nosotros,  
 señores, no es culpa mia  
 que los sucesos del dia  
 se parezcan á estos otros.

LOS CABALLEROS. ¡Tiene razon! —

JUDAS. Pero ella  
 tiene poder.

CAB. 1.º Sin derecho;  
 la culpa es de los que han hecho  
 esta época igual á aquella.

CAB. 2.º, 3.º y 4.º ¡Sí! ¡Pues! ¡Eso!

ZAMORA. En fin, señores;  
 por todo gracias os doy...  
 y á Dios quedad que me voy  
 á enmendar mis borradores.

(*Los recoje de la mesilla.*)

CAB. 1.º ¿Os vais de la fama en pos?

ZAMORA. De la suerte; ella me valga:  
 salga despues lo que salga  
 ya lo veremos. — Adios.

## ESCENA II.

ALBERONI. D. JUDAS. STÉFANO. CABALLEROS.

CAB. 1.º El diablo es este Zamora...  
 vá á armar una tremolina...  
 pero Alberoni ¿qué opina?  
 ¿tan silencioso hasta ahora...

ALBERONI. És que como no me creo  
 un gran voto... aunque idolatro  
 estas obras de teatro,  
 mientras en él no las veo,  
 no digo ni bien ni mal; —  
 mas con todo, esta que he oido,

la verdad, me ha parecido  
algo así... como...

JUDAS.

¡Cabal!  
le hemos dado tal valor,  
que ciertamente no sé  
por qué razón... ya se vé,  
como estaba aquí el autor...  
¡Hay tantas incorrecciones!...

CAB. 1.º

Pero el asunto es muy bueno,  
y el diálogo...

JUDAS.

Está lleno  
de puras declamaciones  
que no convencen jamás.

CAB. 2.º

Confieso de buena gana  
que es algo mas que mediana...

JUDAS.

¡Ps!... mediana y nada mas.—  
¡Oh! y él creerá... por supuesto,  
que tiene una obra maestra;  
pues ya dió mas de una muestra  
de que es un poco inmodesto...

CAB. 1.º

Eso sí, la vanidad  
adoracion de él recibe.—

CAB. 2.º

Mas si todo lo que escribe  
se lo aplauden...

CAB. 1.º

Es verdad,  
no hay vate mas aplaudido...  
que se envanezca es muy justo.

JUDAS.

Eso prueba que está el gusto  
estragado, corrompido...  
Este hombre, sin duda alguna,  
es audáz, tiene ardimiento,  
y mas que por su talento  
si vence es por su fortuna.  
Pero esta nunca es constante...  
esa moda pasará,  
y entonces se quedará  
hecho un genio vergonzante.

(*Todos se levantan menos Stéfano.*)

CAB. 2.º

¿Qué duda tiene?

CAB. 1.º

Ya es tarde...

ALBERONI.

¿Os vais con tal brevedad?

CAB. 1.º

Sí, Alberoni; adios quedad.—

ALBERONI. Señores, que el cielo os guarde.  
*(Se retiran los Caballeros 1.º, 2.º, 3.º y 4.º)*

### ESCENA III.

ALBERONI. D. JUDAS. STÉFANO.

ALBERONI. ¡Qué! Don Judas... ¿vos tambien  
me abandonais?

JUDAS. Sí por Dios :  
con que, aqui para los dos,  
¿no opinais ni mal ni bien  
de la comedia?

ALBERONI. Os prometo  
que opino con demasia...

JUDAS. ¿Sí?

ALBERONI. Pero esta opinion mia  
hay que decirla en secreto.  
Y el que asi yo opine es cosa  
que fácilmente me esplico :  
la obra la califico  
de altamente peligrosa ;  
ocurre la circunstancia  
de que hay aqui una Princesa  
que todo el mundo confiesa  
que es hechura de la Francia :  
que hay cuestion matrimonial  
ahora mismo... y de tal modo  
está aprovechado todo,  
y con travesura tal,  
que aunque el plan es referente  
á un tiempo que ya ha pasado ,  
está tan bien aplicado  
que nos recuerda el presente.  
Ved quién podrá calcular,  
si esta obra, mala ó buena,  
se lanza sobre la escena,  
lo que vendrá á resultar...  
¿Quién sabe... acaso un momento  
de entusiasmo si es que agrada :  
acaso murmullos, nada...  
y acaso un levantamiento.

- JUDAS. Pues es fuerza que jamás...
- ALBERONI. Por eso este mi sentir  
no quise há poco decir  
delante de los demás;  
porque pudiera en mal hora,  
de este asunto, que es interno,  
hablar alguno al gobierno  
perjudicando á Zamora ..
- JUDAS. ¿Creéis vos que el gobierno oiria...
- ALBERONI. ¡Vá! sí tal, con atencion  
oiria la delacion,  
y á mas la agradeceria.  
¿No veis que clara y espresa  
hallaba como ninguna  
la ocasion mas oportuna  
de adular á la Princesa?
- JUDAS. Con efecto... el alma absorta  
me dejais...
- ALBERONI. Yo pienso asi...  
mas de todo, á vos ni á mí,  
don Judas, ¿qué nos importa?  
El allá...
- JUDAS. Pues; ya veremos  
lo que sale de este encanto...
- ALBERONI. Sí, y nosotros entretanto  
callemos...
- JUDAS. Eso es, callemos:  
que al cabo de tantas dudas  
saldremos temprano ó tarde...  
Alberoni, Dios os guarde.—
- ALBERONI. Id con él, señor don Judas.

#### ESCENA IV.

ALBERONI. STÉFANO.

- STEFANO. ¡Gracias al cielo! creí  
que no acabábais jamás.
- ALBERONI. Impaciente por demás  
sois, Stéfano...
- STEFANO. Si, sí.  
No como vos, que muy quietas

os pasais hora tras hora  
hablando de ese Zamora,  
de comedias y poetas.  
¡Oh! con tales fruslerías  
el mejor tiempo perdeis...

ALBERONI. No amigo, vos no sabeis  
que asi lo gano hace dias:  
no temais porque me aplome:  
este que ha salido ahora,  
amigo llama á Zamora  
y la envidia se lo come...

STEFANO. Pero ¿y eso...

ALBERONI. ¡Oh! ¡es un mal bicho!  
de seguro arma un infierno...

á donde encuentre al gobierno  
le emboca cuanto le he dicho.

STEFANO. Y bueno, y lo cuenta... y ¿qué?

ALBERONI. ¿Y qué? ¡toma! si os lo digo,  
sabreis, Stéfano amigo,  
casi tanto como sé.—

STEFANO. Bien, ignorarlo es mejor:  
de otro asunto hablemos, pues  
no habreis olvidado que es  
de importancia algo mayor.

ALBERONI. ¿Quereis, pues, tocar al arma?  
No me opongo á vuestros ruegos:  
¿habeis recibido pliegos  
del señor Duque de Parma?

STEFANO. Hará tres horas.—¿Y vos?

ALBERONI. Tambien.

STEFANO. ¿Y de nuevo?

ALBERONI. Nada.

STEFANO. ¡Eso decís?... pues me agrada...

ALBERONI. Y ¿qué quereis?

STEFANO. ¡Bien por Dios!

ALBERONI. No sé como el Duque ignora  
que estas cosas de Palacio  
se hacen siempre con despacio,  
y con mas razon ahora.

Es natural, no me estraña  
que él inste, influya y exija....  
porque querrá ver á su hija

pronto en el trono de España.  
 Mas no es cosa del momento;  
 hay que pensar mucho el modo,  
 y no siempre sale todo  
 como quiere el pensamiento.  
 Hay que vencer mucho, sí:  
 vencer por nuevos caminos...  
 sobre todo á la de Ursinos  
 que es el gran estorbo aqui.—  
 Confío en mi direccion...  
 hoy me ha dicho que vendrá,  
 y presumo que será  
 para hablar de esta cuestion.

STEFANO. Segun eso puede ser  
 que, obrando con eficacia,  
 hoy deis el golpe de gracia...

ALBERONI. Eso luego se ha de ver.—  
 ¿Quién sabe?... si me desarma...  
 pero en esto hagamos alto.  
 Decid... há un año que salto  
 del gran ducado de Parma...  
 Vcs que ahora venís de él,  
 y en él teneis encomiendas,  
 ¿qué tal carácter, qué prendas  
 presenta doña Isabel  
 de Farnesio?

STEFANO. Las mejores:  
 noble, de gran corazon,  
 aumentará la opinion  
 de sus ínclitos mayores.

ALBERONI. Y de energía ¿qué tal?  
 ¿de valor, está dotada?...

STEFANO. ¡Oh! sí; en eso es estremada  
 y no se la encuentra igual.  
 Es justa, y retroceder  
 por miedo jamás la ví...

ALBERONI. Cabal... una Reina así  
 es la que hemos menester.  
 Igual opinion tenia  
 de doña Isabel; no obstante  
 para obrar en adelante  
 ratificarla queria.

A la batalla vecinos  
estamos ya: falta ahora  
que esperemos...

(Sale un criado.)

La señora

Princesa de los Ursinos. (Vase.)

ALBERONI. Pues ya no nos falta nada:  
entrad en ese aposento,  
y esperad hasta el momento  
que os llame y dé una palmada.—

(Entra Stéfano en la habitacion de la izquierda.)

### ESCENA V.

LA PRINCESA. ALBERONI.

PRINCESA. Alberoni, muy buen dia.

ALBERONI. Señora, que el cielo os guarde.

PRINCESA. Ya veis que vengo, aunque tarde...

ALBERONI. (Ofreciendo á la Princesa un asiento que ocupa.)

Con efecto, ya temia  
que alguna grave atencion  
vuestra venida estorbára,  
y que á la vez me usurpára  
tan alta satisfaccion...

PRINCESA. ¡Oh! bien pudo suceder:  
trabajo sin descansar;  
no puedo en nadie fiar...  
todo lo tengo que hacer,  
siempre en perpétua inquietud...

ALBERONI. Trabajais con demasía,  
no altereis, señora mia,  
vuestra preciosa salud.

PRINCESA. ¡Qué! no hay tiempo para nada:  
¿de salud ahora me hablais?...  
dichoso vos que gozais  
de una vida retirada...

ALBERONI. Señora, es mucha verdad;  
aquí entre libros sujeto,  
tranquilamente vejeto  
feliz con mi oscuridad.—  
Sin embargo, ya sabeis

- cuanto os respeto y admiro,  
y que pronto en mi retiro  
para todo me teneis.
- PRINCESA. Sí, Alberoni, no lo dudo;  
teneis sobrado despejo...  
por eso á vuestro consejo  
en casos árduos acudo.
- ALBERONI. Princesa, me envaneceis...
- PRINCESA. En esto os hago justicia,  
aunque dicen que malicia  
no os falta...
- ALBERONI. Y vos ¿lo creéis?
- PRINCESA. Eso no es del caso ahora :  
quiero oir vuestra opinion  
en una grave cuestion  
del momento.
- ALBERONI. Estoy, señora,  
á vuestras órdenes.
- PRINCESA. Bien :  
el Consejo de Castilla,  
á don Antonio de Ubilla...  
á quien mira con desden,  
lo mismo que á mi persona,  
porque á pesar de su esfuerzo  
le consta há tiempo que ejerzo  
influjo con la corona,  
le ha enviado un memorial  
que casi parece ley,  
en el que propone al Rey  
nueva coyunda nupcial.  
La dicha de la nacion  
y la integridad del trono  
saca el Consejo en su abono...  
pero es otra la intencion.  
Aspira á ponerme enfrente  
un poder mas colosal  
que el mio, y que en lucha tal...
- ALBERONI. Comprendo perfectamente.
- PRINCESA. Me place; porque indigesto  
fuera esplicaros ahora...
- ALBERONI. Yo suelo entender, señora,  
con solo mirar al gesto..

- PRINCESA. ¿De veras? me alegro mucho :  
con eso con lo que oireis  
lo que calle entenderéis...
- ALBERONI. Lo espero así, y ya os escucho.
- PRINCESA. Ahora bien: es ya llegado  
el punto en que D. Felipe  
con otro enlace disipe  
la agitacion del Estado.  
Pero á la vez, no os asombre,  
el rey de Francia desea  
una reina...
- ALBERONI. Que lo sea  
únicamente en el nombre. —
- PRINCESA. Muy bien; me habeis comprendido:  
vos que asuntos importantes  
teneis de casas reinantes,  
y la Europa habeis corrido,  
¿quereis un momento ver  
si hay en tanta tierra estraña  
una reina para España?
- ALBERONI. Hay pocas donde escoger. —
- PRINCESA. ¿Pocas?
- ALBERONI. ¡Oh!... no lo dudeis;  
lo digo sin vacilar...  
muy pocas si se ha de hallar  
como vos la apeteceis.  
Y para que penetrada  
quedeis de ello, si no os pesa,  
bastará que echeis, Princesa,  
por Europa una mirada.  
Con Austria, es tiempo perdido:  
la guerra de sucesion,  
las casas de Austria y Borbon  
para siempre ha dividido.  
Con Inglaterra, imposible:  
Doña Ana manda en su tierra,  
y la Francia á la Inglaterra  
profesa un odio invencible.  
Con Francia, señora mia,  
á mas de que tiene ya  
harto influjo por acá,  
la Inglaterra se opondria

pues con tales intenciones  
 pudiera rodar la pieza  
 tanto, que en una cabeza  
 se unieran ambas coronas. —

Portugal, no hay afecciones,  
 porque el rey aun no olvidó  
 que en pro del Austria tomó  
 las armas y alzó pendones.

La Rusia, á España desprecia;  
 y tiene, aunque no se ablande,  
 harto que hacer Pedro el Grande  
 con Carlos XII de Suecia.

Con que ved si con razon...

PRINCESA. ¡Oh!... me teneis asombrada:  
 mostrais, aunque de pasada,  
 tan copiosa erudicion  
 en asuntos cortesanos,  
 que habrá muy pocos que os puedan  
 aventajar...

ALBERONI. Ps... Nos quedan  
 los Estados Italianos. —

PRINCESA. Italia... vamos á ver.

ALBERONI. Todo lo hemos recorrido  
 aunque de nada ha servido;  
 pero aqui bien puede ser,  
 si yo no calculo mal,  
 que todo lo conciliemos...  
 aquí tal vez encontremos  
 la piedra filosofal.

Aunque en diversos sentidos,  
 todos ellos han quedado  
 con el famoso tratado  
 de Utrecht, asaz divididos,  
 hay uno que sin alarma  
 podrá el monarca francés  
 y Europa, aprobar...

PRINCESA. ¿Cuál es?

ALBERONI. Es... el ducado de Parma.

Este, traerá ciertamente  
 grandes ventajas ahora;  
 pero este tambien, señora,  
 ofrece un inconveniente. —

PRINCESA. Veamos esas ventajas.

ALBERONI. Que nos legará en herencia  
á mas de Parma, á Plasencia,  
que son dos ricas alhajas.

Y que esto muy bien podria  
si hay aquí destreza y maña,  
hacer que otra vez España  
á Italia volviera un dia...

para hacerse de ella dueña  
con bien concertado plan,  
reconquistando á Milán  
la Sicilia y la Cerdeña.

Y... ya veis, si esto sucede,  
es fácil, á no dudar,  
volver á reconciliar  
al Rey con la santa Sede.

Estas las ventajas son  
que yo veo por ahora,  
otras habrá... y bien, señora,  
¿que decís de mi opinion?

PRINCESA. ¡Oh!... que la encuentro escelente,  
vuestras razones me placen;  
las ventajas satisfacen...

¿cuál era el inconveniente?

ALBERONI. No es de gran bulto en su esencia,  
puede que esté equivocado...

la heredera del ducado  
de Parma y del de Plasencia,

la hermosa Doña Isabel  
de Farnesio, por ahora,

tiene un carácter, señora,  
que espero muy poco de él.

PRINCESA. ¿La conocéis?

ALBERONI. A su lado

he tenido un corto empleo...

ha un año que no la veo

y tal vez habrá cambiado...

PRINCESA. Pero su genio ¿es ardiente,

altivo... imperioso... hablad!

ALBERONI. ¡Oh!... ¡no!... es la suma bondad...

PRINCESA. Pues y eso ¿es inconveniente?

ALBERONI. No sé yo... serlo podria;

tan cándido corazón  
 es fácil que la traición  
 lo gane, Princesa, un día:  
 teneis émulos...

PRINCESA.

Lo sé;

conozco también su saña;  
 mas... ponédmela en España  
 que yo lo demás haré.

ALBERONI.

En cuanto á la brevedad  
 eso no consiste en mí:  
 en vos, señora...

PRINCESA.

Sí, sí...

ALBERONI.

Reside la autoridad...

PRINCESA.

Al momento es menester  
 enviar...

ALBERONI.

Ved que el secreto  
 importa.

PRINCESA.

Será completo  
 si logramos obtener  
 aquí un hombre...

ALBERONI.

Hoy he sabido  
 que Stéfano de Bassano;  
 caballero parmesano,  
 y acaso el mas distinguido,  
 está aquí y se vuelve allá:  
 este, si mal no os parece  
 y confianza os merece...

PRINCESA.

Perfectamente, ese irá:  
 presentádmelo al momento.

ALBERONI.

Lo haré, señora, esta tarde.—

PRINCESA.

En tanto, que el cielo os guarde:  
 si se hace este casamiento,  
 tendré el singular placer  
 de hacer cumplida justicia  
 á vuestra mucha pericia,  
 á vuestro inmenso saber.

ALBERONI.

Que de eso no habéis os ruego.

PRINCESA.

Eso queda á mi cuidado:  
 cumplid lo que hemos pactado.

ALBERONI.

¡Oh! sí señora...

PRINCESA.

Hasta luego.

(Al salir se encuentra en el fondo con Zamora.)

## ESCENA VI.

LA PRINCESA. ALBERONI. ZAMORA.

PRINCESA. ¡Ah! ¡Zamora! bien venido,  
mañana acaso tendré  
baile en casa.—¿Ireis?

ZAMORA. Sí, á fé.

PRINCESA. Id que será divertido.—

## ESCENA VII.

ALBERONI. ZAMORA.

ZAMORA. ¡Oh! no pensaba encontraros  
con semejante visita.

ALBERONI. Cuando de alguien necesita  
no se detiene en reparos.  
¿Sabeis, Zamora querido,  
que habeis andado imprudente  
en leer ante esa gente  
vuestra comedia?

ZAMORA. ¿Ha sabido  
algo la Princesa...

ALBERONI. Nada,  
no sabe nada hasta ahora;  
pero si os juegan, Zamora,  
alguna mala pasada...  
no lo estrañeis...

ZAMORA. ¡Pero... qué!  
¿mis amigos?... ¡oh!... ¡no!...!

ALBERONI. Sí,  
fiaos de amigos aquí;  
teneis harta buena fé.

ZAMORA. Y bien ¿qué hacer?

ALBERONI. Al instante,  
y antes que os tomen la arena,  
que la pongan en escena.

ZAMORA. Eso bien.

ALBERONI. Es muy importante:

andad y tomadles vos  
la delantera...

ZAMORA. Si haré.

ALBERONI. Si hay algo os lo avisaré.

ZAMORA. Enterado.

ALBERONI. Adios.

ZAMORA. Adios.

### ESCENA VIII.

ALBERONI. *Despues* STEFANO.

ALBERONI. ¡Oh!... ya estoy en mi terreno.  
(*Da una palmada.*)

¡Stefano!

STEFANO. (*Sale.*) ¿Qué mandais?

ALBERONI. A ser presentado vais  
á la Princesa.—

STEFANO. ¿Si? bueno.—

ALBERONI. Es asunto concluido.

STEFANO. ¿Habeis estado oportuno?

ALBERONI. ¡Qué! sin esfuerzo ninguno  
de todo se ha convencido.

Venid que bajo el dosél  
presumo que colocada

está ya nuestra adorada  
y hermosa Doña Isabel.

¡Oh!... se tocó un buen registro;  
y ella, ó mi vista se engaña,

ó ha de ser Reina de España...

(y yo su primer ministro.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

---

# Acto tercero.

---

Salon en la casa de la Princesa de los Ursinos: tres arcos en el foro por los cuales se ve el salon de baile iluminado y henchido de damas y caballeros que cruzan en todas direcciones: algunos de estos entran, salen y se detienen formando grupos en la escena hasta poco despues de principiado el acto: música lejana.—Al levantarse el telon aparecen varios caballeros á la izquierda y Ubilla y D. Judas hablando aparte á la derecha.

## ESGENA PRIMERA.

UBILLA. D. JUDAS. CABALLEROS.

CAB. 1.<sup>o</sup> Esta que os cuento es la historia  
de la comedia: está llena  
de gracejo... y es tan buena,  
que va á dejarnos memoria...

*(Siguen hablando aparte, y poco despues se dirijen al salon de baile.)*

JUDAS. ¡Oh! no lo dudeis, señor;  
es monstruosa, es un libelo!...  
os lo asegura mi celo  
bajo palabra de honor.

UBILLA. Pues me llenais de sorpresa...  
casi parece imposible...

JUDAS. Es un ataque terrible

á la señora Princesa:  
y mirad si con razon  
se mueve á hablaros mi labio,  
cuando Alberoni... ¡tan sabio!  
es de la misma opinion.

UBILLA. ¡Hombre!... eso ya es otra cosa...

JUDAS. Está como yo asombrado...

UBILLA. ¿El?

JUDAS. ¡Sí! la ha calificado  
de altamente peligrosa.

UBILLA. Pues yo le veré...

JUDAS. ¡No, no!

no habéis á Alberoni, pues  
esto que el opina... es  
un secreto entre él y yo.  
Acaso no querrá hablar  
en público por ahora...  
es tímido, y á Zamora  
no quiere perjudicar:  
y aunque yo le amo tambien...  
no he vacilado un momento  
en daros conocimiento...

UBILLA. ¡Oh!... y habeis hecho muy bien.

JUDAS. ¡Por supuesto!... no me pesa;  
porque yo en tales reveses,  
prefiero los intereses  
de la señora Princesa.

UBILLA. Y ella os lo agradecerá  
con señales bien cumplidas:  
yo tomaré mis medidas  
y el golpe se parará.  
¡Zamorita!... ¡estoy absorto!  
¿con que hoy ha dado en la flor  
de censurar...

JUDAS. ¡Sí señor!

UBILLA. ¡Oh!... pues yo le ataré corto.

JUDAS. Pero ante todo es preciso  
que él no descubra que aquí  
he sido yo el que...

UBILLA. ¡Eso sí!

JUDAS. Porque será un compromiso  
si llega á saber por donde...

- UBILLA. él es muy arrebatado...  
 No, no; vivid descuidado,  
 mi fé de todo os responde:  
 habeis prestado un servicio  
 que se debe á no dudar  
 de otra manera pagar...  
 JUDAS. Lo dejo á vuestro buen juicio....  
 UBILLA. Separémonos ahora...  
 JUDAS. Teneis razon, mejor es...  
 Dios os guarde.  
 UBILLA. Hasta despues.  
 JUDAS. (¡Te hundistes!... ¡pobre Zamora!)  
 (*Entra en el salon de baile.*)

## ESCENA II.

UBILLA.

¡Bien haya mi buena estrella!  
 La de Ursinos aun lo ignora...  
 así podré desde ahora  
 doblar mi influjo con ella.  
 Pues cuando nuevas le dén  
 de este escándalo inaudito,  
 á un tiempo con el delito  
 sabrá el castigo tambien.  
 ¡Oh!... ya verá que el gobierno  
 va por la senda derecha...  
 no hay que dudar; de esta hecha  
 hago mi poder eterno.

## ESCENA III.

ZAMORA. UBILLA.

- ZAMORA. ¿Adónde se habrá escondido?...  
 UBILLA. A propósito, Zamora,  
 oportunamente ahora  
 venís...  
 ZAMORA. Pues ¿qué ha sucedido?  
 UBILLA. A hablaros hoy muy formal

se ve el gobierno obligado:—  
está con vos enojado...

ZAMORA.

¿Conmigo decís?

UBILLA.

Sí tal.

ZAMORA.

Entendámonos, marqués:  
¿es el ministro el que ahora  
me habla...

UBILLA.

El mismo, Zamora.

ZAMORA.

Pues este sitio no es  
el mas oportuno... á menos  
que no sigais otra ley...

UBILLA.

Para el servicio del Rey  
todos los sitios son buenos.

ZAMORA.

¿Servicio del Rey?...

UBILLA.

Si á fé.

ZAMORA.

Ignoro, aunque eso os escucho,  
en qué le he faltado...

UBILLA.

En mucho.

ZAMORA.

No entiendo...

UBILLA.

Me explicaré.—

Se os acusa...

ZAMORA.

¿A mí?...

UBILLA.

Cabal,

y ya la certeza toco,  
de haber escrito hace poco  
una tragedia infernal.—

ZAMORA.

Si el ser tragedia es delito,  
ved, señor, que no es tragedia.

UBILLA.

Pues ¿que cosa?

ZAMORA.

Una comedia  
como otras muchas que he escrito.

UBILLA.

Tragedia... comedia... allá  
se va todo.

ZAMORA.

Sí... eso es.

UBILLA.

Tragedia... comedia... pues,  
tanto monta, ¿qué mas dá?

ZAMORA.

Y ademas son consonantes...

UBILLA.

Bueno; sea lo que quiera,  
yo me entiendo á mi manera  
y el caso es igual que antes.  
Ello es fuerza... y ya se ve...  
vos lo comprendeis de sobra;

que retireis esta obra  
del teatro...

ZAMORA. ¡Yo! ¿por qué?

UBILLA. No tiene oportunidad...

ZAMORA. Si su mérito es escaso,  
mia será en todo caso  
la responsabilidad.

UBILLA. No digo yo que esté escasa...  
mas lo que hoy pasa... es deber  
mio...

ZAMORA. Y ¿qué tiene que ver  
mi obra con lo que pasa.

UBILLA. Vos sois terco por demas  
y nunca confesareis...

ZAMORA. Pero, vos ¿la conoceis?

UBILLA. ¡Ni la quiero ver jamás!

ZAMORA. Mas ¿quién os dijo...

UBILLA. Eso ahora

no es del caso referir:  
yo no puedo permitir  
tales abusos, Zamora:  
y esto no es ningun capricho,  
sino determinaciones  
que fundo en estas razones...

ZAMORA. ¿Cuáles son?...

UBILLA. ¿No las he dicho?

ZAMORA. No por cierto, y desearia...

UBILLA. Una es, ya que insistís,  
que en vuestra obra aludís  
á personages del dia.—

ZAMORA. Es falsedad bien notoria:  
á ninguno en ella ataco,  
los personages que saco  
pertenecen á la historia,  
y como en mi produccion  
á todos hago justicia,  
ya veis, está la malicia  
en los que hallan la alusion.

UBILLA. Que en ella tratais muy mal  
al Rey ..

ZAMORA. ¡Os han engañado!  
en ella se ha respetado  
á la autoridad Real.

- UBILLA. Y que, en fin, habeis escrito una sátira harto espresa en contra de la Princesa...
- ZAMORA. A lo de antes me remito; pero aunque eso fuera dable ¿quién tal crimen no perdona? por ventura ¿es la persona de la de Ursinos inviolable?
- UBILLA. ¿Qué decís!...
- ZAMORA. Digo, señor, que ella nunca para mí ha sido otra cosa aquí que camarera mayor.—
- UBILLA. ¿Atended!
- ZAMORA. Y si asaltar otra esfera se propuso, eso no es mas que un abuso que se debe censurar.—
- UBILLA. Pero...
- ZAMORA. Y el ahogar mi voz es, ademas de arbitrario, darle con el incensario en el rostro un golpe atroz.
- UBILLA. ¡Oh! ¡callad, por vuestra vida! ¡qué máximas!
- ZAMORA. ¿Es decir...
- UBILLA. ¡No! ¡callad, no os quiero oír!... ¡queda prohibida! ¡prohibida!...  
(*Vase haciendo aspavientos.*)

## ESCENA IV.

ZAMORA.

¡Qué nécios son estos hombres!  
¡qué esclavos!... ¡cuánta humildad!  
¡Oh! sí, la posteridad  
maldecirá vuestros nombres.—  
Tambien mis buenos amigos  
una gran prueba me han dado  
de cariño... se han portado...

¡qué desengaño!... ¡mendigos!

¡Oh!... por saciar esta sed

daria... pero aquí están...

(*Aparecen debajo de uno de los arcos del foro los Caballeros 1.º, 2.º, 3.º y 4.º entre otros y D. Judas.*)

### ESCENA V.

ZAMORA. D. JUDAS. CABALLEROS 1.º, 2.º, 3.º y 4.º, y otros  
(*que vagan por la escena.*)

ZAMORA. Ortiz, Mendoza, Guzman...

CAB. 1.º ¿Qué nos quereis?

ZAMORA. Atended.

El gobierno sabe ya  
de mi obra el pormenor:  
¿comprendeis? el delator  
entre vosotros está.

Lo sabe desde hace poco,  
y atañe á vuestro interés  
que aquí sepamos quién es.

TODOS. ¡Yo no!—¡Ni yo!—¡Yo tampoco!...

ZAMORA. Ninguno... ¡me lo temia!

CAB. 1.º Pero ¿qué es lo que ha ocurrido?

ZAMORA. Nada... que me la han prohibido.

TODOS. ¡Prohibido!!!...

JUDAS. ¡Qué picardia!

CAB. 2.º ¡Eso es atroz!

CAB. 1.º Y villano...

JUDAS. (*Con misterio.*) ¿Será Alberoni el que...

ZAMORA. No,

de él estoy seguro yo...

JUDAS. ¿O acaso aquel parmesano  
que estuvo como dormido  
mientras duró la lectura...

LOS CABALLEROS. ¡Tal vez!

JUDAS. ¡Húm!... su catadura...

UNOS. ¡Sí, sí!...

OTROS. ¡El parmesano ha sido!

CAB. 1.º ¡Bribon!

CAB. 2.º Al fin estrangero.

CAB. 3.º Era un espia...

JUDAS.

¿Pues no?

Si al verlo me pareció  
que era ave de mal agüero.

CAB. 1.º

Pues así no ha de quedar.

CAB. 2.º

¡No! lo debemos decir  
á quien nos lo quiera oír...

JUDAS.

¡Oh! yo me encargo de hablar...

ZAMORA.

Veo que no puede ser  
descubrir hoy al autor  
de la denuncia... mejor,  
ya no lo quiero saber.

No por huir se fatigue:  
él me ha vendido... ¡paciencia!  
yo dejo á la Providencia  
que le premie ó le castigue.

(Sale al encuentro de Camila.—Los cuatro Caballeros y D. Judas hablan un momento entre sí, y se dirigen al salón.)

## ESCENA VI.

CAMILA. ZAMORA. CABALLEROS.

CAMILA.

¿Dónde os escondéis, Zamora?  
no he dejado ni un rincón...

ZAMORA.

También yo por el salón  
os he buscado, señora.  
Y hubiera en mi afán seguido  
y al fin os hubiera hallado,  
á no habérmelo estorbado  
cierto lance...

CAMILA.

¿Qué ha ocurrido?  
vuestra faz descolorida  
me anuncia...

ZAMORA.

Vanas quimeras,  
nubecillas pasajeras...  
desengaños de la vida,  
que no merecen, señora,  
honrarse en esta ocasión  
fijando vuestra atención.

CAMILA.

Pero, decid...

ZAMORA.

Nada ahora.

Mirad qué noche tan bella :  
 todo nos brinda alegría,  
 y siento por vida mia  
 que no disfrutemos de ella.  
 Ya que el hado aun es propicio  
 debemos aprovechar...  
 sí, vámonos á lanzar  
 en medio de ese bullicio.  
 Ahí tal vez endulzaremos  
 esta amargura incesante...  
 ahí tal vez solo un instante  
 la ventura encontraremos.  
 ¿Verdad, Camila? Decid,  
 ¿no teneis tambien dolores?  
 ¡Oh! encanto de mis amores...  
 ¡Venid al baile, venid!

CAMILA. Pero ¡por Dios! ¿qué ha pasado?  
 Vos padeceis por demás...  
 yo no os he visto jamás,  
 Zamora, tan agitado...

ZAMORA. Camila, no os altereis...  
 yo no sé qué es lo que siento  
 que exalta mi pensamiento  
 y me entusiasma cual veis.  
 Será el festin... solo sé  
 que cuando aquí solo estaba,  
 por todas partes buscaba  
 mucho amor y buena fé;  
 y aqui aparecísteis vos,  
 señora del alma mia,  
 y á la vez que mi alegría  
 en vos encontré las dos.  
 Por eso sin mas ardid  
 que mi entusiasmo, señora,  
 os dije, y repito ahora...  
 venid al baile, venid.—

CAMILA. ¡Pobre Zamora! la calma  
 perdisteis á no dudar...  
 por fuerza que algun pesar  
 muy grave os abrume el alma.

ZAMORA. ¡Oh! ¡cómo me comprendeis!  
 Camila, habeis acertado...

mas lo que lo ha motivado  
 es preciso que ignoreis. —  
 Sí, ignoradlo; porque yo  
 siempre con vos partiria  
 mi ventura y mi alegria  
 pero mis tristezas, no.  
 Dejemos la lucha insana  
 de este mi constante afan:  
 gocemos, que ya vendrán  
 las amarguras mañana.  
 Llegar á tales extremos  
 puede el mal que nos rodea,  
 que esta noche, tal vez, sea  
 la postrera en que bailemos.  
 Mas ¿qué importa? sacudid  
 vanos temores ahora:  
 honrad mi brazo, señora,  
 y al baile venid, venid.

*(Asidos del brazo entran en el salon por el arco del ángulo de la izquierda, y sale por el de la derecha la Princesa, que dice á un lacayo.)*

## ESCENA VII.

LA PRINCESA. UN LACAYO. CABALLEROS *que permanecen en la escena hasta la salida de ALBERONI.*

PRINCESA. Vais á buscarme al instante  
 á Alberoni, y si aun está,  
 decidle que venga acá  
 para un asunto importante.  
*(Vase el lacayo.)*  
 ¿Qué tempestad será esta  
 formada tan de repente  
 que á romper sobre mi frente  
 con sordo rumor se apresta?  
 Alguna intriga bastarda  
 en la que ha entrado, y lo siento,  
 Zamora, como instrumento...  
 ¡Oh! ¡cuánto Alberoni tarda!  
 El sin duda de este ardid  
 el cierto origen sabrá,

y unidos... pero aquí está:  
venid amigo, venid.

### ESCENA VIII.

LA PRINCESA. ALBERONI.

ALBERONI. ¿Qué es lo que mandais, Princesa?

PRINCESA. Tal vez os habrá estrañado  
que hasta aqui os haya obligado  
á venir con tanta priesa.

ALBERONI. ¿Estrañarme? no señora:  
oí las murmuraciones  
que en esos régios salones  
se están agitando ahora.

Y para ser enterada  
de ellas á fondo, creí,  
que pensaríais en mí...

PRINCESA. Y bien ¿qué es ello?

ALBERONI. No es nada...

que el gobierno se ha propuesto  
dar muestras de nulidad...

y que hoy sin necesidad  
en ridículo os ha puesto.

PRINCESA. ¡Cómo!...

ALBERONI. Tengo la certeza:

á veces hace un amigo  
mas daño que un enemigo...

¡ha sido mucha torpeza!

Por una cosa que es nada,  
lanzar vuestro nombre así

ante un público... y aquí  
dar tan nécia campanada...

¡Oh!... perdonad; no me es dable  
contener mi indignacion:

tal paso en tal ocasion,  
señora, es imperdonable.

PRINCESA. Con efecto, así lo creo;  
pero decid ¿cuál ha sido  
la causa que ha producido  
tan general clamoreo?

ALBERONI. Segun lo que he averiguado,

una comedia que ahora  
ha presentado Zamora...  
que el ministro se ha asustado  
y ha puesto en el cielo el grito...

PRINCESA. Pero ¿qué comedia es esa?

ALBERONI. Una comedia, Princesa,  
como todas las que ha escrito.

PRINCESA. ¿Conocéisla?

ALBERONI. A no dudar :

está escrita cual conviene,  
y en mi concepto no tiene  
nada de particular.

Es histórica... la accion  
segun la historia está bien,  
los hechos lo son tambien  
y no hay nada de invencion.

PRINCESA. Pues entonces ¿á qué ha sido  
armar esta polvareda,  
este escándalo, y que pueda...

ALBERONI. Yo os diré en qué ha consistido.

Un amigo desleal  
del poeta, ha delatado  
la comedia, y la ha pintado  
al Marqués de un modo tal,  
que con esto que ha sabido  
sin mas averiguacion  
le niega la absolucion...

PRINCESA. ¿Es decir...

ALBERONI. Que la ha prohibido.

PRINCESA. ¡Qué imprudencia!

ALBERONI. ¡Oh! magistral :

esta prenda que ha soltado  
mas que de un hombre de estado  
es digna de un colegial.

PRINCESA. Y ¿no encontraremos modos...  
algun remedio oportuno  
para este mal?

ALBERONI. Ya, ninguno;  
se han hecho imposibles todos.  
Si en esto el ministro Ubilla  
algo mas pensado hubiera...  
la salida entonces fuera

muy facil y muy sencilla.  
 Que la comedia atacaba  
 á las leyes con furor...  
 pues bien, ahorcando al autor,  
 con las leyes se escudaba.  
 Que la comedia cumplia,  
 que era justa, que era buena,  
 mas que, ni aun asi, á la escena  
 sacarla no convenia...  
 Hay modos de desterrar,  
 señora, con tanto apremio,  
 que tienen visos de premio  
 y sirven para alejar...  
 ¿Comprendeis bien el sentido?  
 Si esto hubiera practicado  
 todo se hubiera acabado  
 sin escándalo ni ruido.

PRINCESA.  
 ALBERONI.

¡Teneis razon!  
 Pero ahora  
 cubiertos ya con tal mengua,  
 ¿quién es quien ata la lengua  
 á todo un pueblo, señora?  
 Ahora... ¡fácil seria!  
 que solo por ignorancia  
 se le ha dado una importancia  
 de que entonces carecia:  
 ahora que esta comedia  
 será por todos buscada,  
 y leida, y comentada...  
 ¿quién esto evita y remedia?

PRINCESA.  
 ALBERONI.

¡Oh, Dios mio!  
 Y lo peor  
 que este negocio presenta,  
 lo que no han tenido en cuenta,  
 es que es Zamora el autor.  
 Un hombre tan conocido  
 que por nada se detiene,  
 y que en todas partes tiene  
 amigos, que es muy querido...  
 Todos ellos á una voz  
 darán pábulo á este enredo  
 y os marcará con el dedo

el populacho feroz;  
y la alta clase, y la media,  
y volverán con instancia  
á los influjos de Francia...

PRINCESA. ¿qué os parece la comedia?  
Verdades decís ahora  
que amargan mi corazon.

ALBERONI. No lo niego, amargas son;  
mas son verdades, señora.  
Jamás yo las disimulo;  
siempre así me encontrareis...  
pues ha tiempo que sabeis  
que á nadie ofendo ni adulo.—  
Vos teneis, bella Princesa,  
y el que os lo oculte os engaña,  
poco séquito en España...  
no os cause despues sorpresa  
si de esta leve cuestion,  
truncando punto por punto,  
se llega á hacer un asunto  
de difícil solucion.

PRINCESA. ¡Oh! ¡qué nécio y qué oficioso  
ha estado el señor Marqués!  
reniego de su interés  
tan vano como costoso.  
¡Cuidado que ha sido error  
en un asunto tan llano!...  
¡tenerlo todo en la mano  
y decidir lo peor!...  
En este lance fatal,  
á pesar de su doblez,  
mis enemigos, tal vez  
no me tratáran tan mal.  
¡Gran ministro! ¡gran cabeza!  
y, sin duda, estará ufano...  
he de premiar por mi mano  
su distinguida torpeza.—

ALBERONI. Pues ya lo teneis ahí.

PRINCESA. No ha de olvidar en su vida  
esta dichosa partida.

ALBERONI. ¿Os dejo?...

PRINCESA. No, estaos aquí.—

## ESCENA IX.

LA PRINCESA. ALBERONI. UBILLA.

- UBILLA. Señora, tengo el honor de advertiros, que el poder hora os acaba de hacer un muy singular favor.— Tuve con tiempo noticia de un escrito envenenado contra vos confeccionado con encubierta malicia, y procediendo en rigor con mi acostumbrado tino he mandado...
- PRINCESA. Un desatino de los de marca mayor.—
- UBILLA. ¡Desatino!! ¿vos sabeis de qué se trata, señora?
- PRINCESA. Mejor que vos, de Zamora.
- UBILLA. Verdad; pero ignorareis... no habreis visto, vive Dios, ese escrito temerario, desquiciador, ¡incendiario!!...
- PRINCESA. Y bien... ¿lo habeis visto vos?
- UBILLA. Yo... no he tenido delante... pero es lo mismo; he sabido por otro su contenido...
- PRINCESA. Y eso, Marqués, ¿es bastante? ¿Quién ha visto que se preste un ministro hasta ese punto, y que asi trate un asunto de las consecuencias de este?
- UBILLA. ¿Consecuencias? á mi ver las abultais mucho ahora: ¿qué consecuencias, señora, puede este asunto tener? ¿Quién de negocios agenos á pedir cuentas vendrá? ¿quién aquí se alterará por comedia mas ó menos?

PRINCESA. Despues de tantas consultas,  
 tantos años y esperiencia,  
 ¿no os basta la inteligencia  
 para tocar sus resultas?  
 ¿No comprendeis que prohibir  
 de manera tan notoria  
 una comedia de historia,  
 es lo mismo que decir  
 que cuanto en ella se cuente  
 de tiempos que ya han corrido,  
 tiene un lugar muy cumplido  
 en la época presente?  
 ¿Y que esta arbitrariedad  
 nos deja sin asidero,  
 y que vos sois el primero  
 á calumniarme?

UBILLA. ¡Es verdad!

PRINCESA. ¿Vos ignorais lo que aquí  
 en este momento pasa?  
 pues ya hasta en mi propia casa  
 murmuran todos de mí:  
 en todos esos salones  
 no hay otra cuestion ahora  
 que la comedia, y Zamora,  
 y vos, y mis ambiciones.  
 Y ya por mas que batalle,  
 desde aqui afuera saldrán  
 y mi nombre ultrajarán  
 en la plaza y en la calle...  
 ¿Qué os parece vuestra ley?  
 cuando ya encontré yo un modo  
 de que se olvidara todo  
 con el enlace del Rey...  
 ¿Vos, las ya muertas rencillas  
 volveis á resucitar?  
 ¿Vos, volveis pábulo á dar  
 á las antiguas hablillas?  
 ¿Yo por vuestras providencias  
 en tan ridículo trance?...  
 ¿Os parece aun que este lance  
 es lance sin consecuencias?  
 UBILLA. Señora... me trastornais...

- yo no llegué á preveer...  
 PRINCESA. ¿qué otra cosa pude hacer?  
 ¿Y á mí me lo preguntais?  
 Y ahora cuando ha pasado  
 el oportuno momento  
 ¿se os ocurre ese argumento?  
 ¿sois vos el hombre de Estado?  
 UBILLA. ¡Me dejais el alma absorta!...  
 no he meditado... es verdad...  
 mas, señora, reparad  
 que hay testigos...  
 PRINCESA. Y ¿qué importa?  
 Mañana sabrá la corte  
 todo cuanto aqui ha pasado,  
 y tambien que os he mandado  
 espedir el pasaporte.  
 Porque el Rey nuestro señor  
 tambien el cuento sabrá,  
 y al saberlo, os nombrará  
 al momento un sucesor.—  
 Os espero. (*A Alberoni.*)  
 ALBERONI. Voy al punto.

## ESGENA X.

ALBERONI. UBILLA.

- UBILLA. (¡Qué es esto que me ha pasado?)  
 ALBERONI. Marqués, os habeis quedado  
 inmóvil como un difunto.  
 UBILLA. ¡Hum! ¿digo? no es para menos...  
 pues ¡me ha gustado el chubasco!...  
 venir yo aqui... ¡vaya un chasco!  
 á pagar males agenos.  
 ALBERONI. Amigo, resignacion :  
 cuando viene esta dolencia  
 no hay mas que tener paciencia...  
 UBILLA. Os agradezco el sermon.  
 ALBERONI. Mas, para neutralizar  
 vuestro improvisado tédio,  
 al fin, os queda un remedio...  
 UBILLA. ¿Cuál?

- ALBERONI. (*Señalando al fondo.*)  
El de iros á bailar.
- UBILLA. ¿Me vais vos á suceder?...
- ALBERONI. No, Marqués; aun no es mi hora:  
subir á ministro ahora,  
no es elevarse al poder.—  
Y yo... perdoneme Dios,  
tengo orgullo por demás,  
y no querré ser jamás  
un ministro como vos.  
Yo nunca seré... y por ley  
tomad vos esta promesa,  
esclavo de la Princesa,  
sino ministro del Rey.

(*Le saluda risueñamente y se retira por donde lo hizo la Princesa y cae el telon.*)

FIN DEL ACTO TERCERO.

---

---

# Acto cuarto.

---

La decoracion del acto primero.

## ESCENA PRIMERA.

ZAMORA. TERESA.

TERESA. (*Viendo entrar á Zamora.*)  
¡Qué! ¿vos, señor de Zamora,  
de vuelta en la Corte?

ZAMORA. Sí,  
Teresa; ya estoy aqui  
otra vez.

TERESA. En muy buen hora :  
es por cierto una sorpresa  
harto grata... no creia  
que tan pronto volveria...

ZAMORA. Cosas del mundo, Teresa.  
Dos meses de aqui alejado  
con un pretesto fingido,  
á mi pesar me han tenido  
en un convento encerrado.

TERESA. ¡Miren eso!

ZAMORA. Algo pesada  
ha sido la broma... ¡oh! sí;  
mas de ello me convencí,  
y en esta noche pasada

decidí tomar carrera :  
 tuviéronme por enfermo...  
 y allá quedan en el yermo  
 los padres de la Cabrera.

TERESA.

Habeis hecho bien.

ZAMORA.

¿Pues no?

y lo que solo he sentido  
 es no haberlo conocido  
 antes: no he nacido yo  
 para que la juventud  
 me la hagan pasar forzado  
 á guisa de empaderado  
 en una celda-atahud.

Yo he menester mas espacio,  
 y oir y decir donaires,  
 y embriagarme con los aires  
 de esta casa y de Palacio.—

Por eso en cuanto llegué,  
 guiado por mi pasion  
 y mi audacia, de rondon  
 aqui derecho me entré.

Sé que para recibir  
 á la Reina, la Princesa  
 ha salido á toda priesa:  
 habrá tenido que ir  
 tambien mi Camila bella;  
 por lo tanto su beldad  
 ver hoy no podré ¿es verdad?  
 pero tú me hablarás de ella.

TERESA.

¿No será mucho mejor  
 que ella sea la que os dé  
 esas noticias?...

ZAMORA.

Pues, qué

¿no ha salido?

TERESA.

No señor.

ZAMORA.

¿Está aquí! ¡prenda adorada!  
 y tú que sabes, Teresa,  
 lo mucho que me interesa...

¿te estás asi tan callada?

TERESA.

No me habeis dado lugar...

ZAMORA.

¡Oh! vuela, y á mi señora  
 dile que aqui está Zamora;

y que antes que un nuevo azar  
el pasado haga volver,  
con presteza y sin enojos  
de estos mis amantes ojos  
se deje un instante ver.

TERESA.  
ZAMORA.

Voy al momento...

Sí, amiga:

logre yo ver su hermosura;  
concédeme esta ventura...  
y así el cielo te bendiga.

## ESCENA II.

ZAMORA.

¡Oh! no hay tiempo que perder:  
si descubren mi aposento,  
es posible que al convento  
otra vez me hagan volver.  
Y ya que volver al nido  
me obliguen á mano armada,  
al menos de esta escapada  
saquemos algun partido.  
Pero ¿y cuál será? ¡pardiez!...  
pese al corazon amante,  
ninguno: verla un instante  
para perderla otra vez.  
¡Otra vez, á no dudar!  
porque entre los dos advierto  
un profundo abismo abierto  
imposible de salvar.  
Mal me trata la fortuna:  
hoy la podré ver y oír...  
pero en cuanto al porvenir,  
no hay esperanza ninguna.  
Pues bueno: en mi lucha ardiente  
atrás no vuelvo ya el paso:  
del porvenir no haré caso;  
gozaré con el presente.

## ESCENA III.

CAMILA. ZAMORA.

- CAMILA. ¡Zamora!...
- ZAMORA. Vuestro cautivo  
no quiere que le olvideis  
y á vos torna como veis...
- CAMILA. Pero... ¿cómo?...
- ZAMORA. Fugitivo.  
Burlando á los guardadores  
que allá en la Cabrera tengo,  
aquí á contemplaros vengo  
en alas de mis amores.
- CAMILA. ¡Ah! ¡qué habeis hecho! ¿ignorais  
cuanto con vos enojada  
está la Princesa?
- ZAMORA. Nada,  
Camila, nada temais.  
¿Qué me puede suceder?  
¿que sepa que estoy acá  
nuestra Princesa, y allá  
otra vez me haga volver?  
Todo este es el mal que ahora  
puede venir; mas ¡por Cristo!  
el placer de haberos visto  
¿con qué se paga, señora?
- CAMILA. ¿Y si ese castigo injusto  
que sufrís dan en querer  
doblarlo?...
- ZAMORA. Como ha de ser,  
sabré sufrirlo con gusto.
- CAMILA. Es que todo ese rigor  
que podeis sufrir aquí  
Zamora, será por mí...
- ZAMORA. Camila; tanto mejor.—
- CAMILA. Y ¿es justo que estos momentos  
que vos aceptais sin pena  
me dejen el alma llena  
de amargos remordimientos?  
Si habeis venido hasta aquí:

si habeis dejado en mal hora  
vuestra reclusion, Zamora,  
¿por quién ha sido? por mí.  
Luego si aquí se os inculpa:  
si en esto encuentran razon  
para otra nueva prision,  
soy yo quien tiene la culpa.

ZAMORA. No temais, Camila bella,  
por mi suerte: ello dirá...  
la culpa siempre será  
de mi buena ó mala estrella.

Ademas que allá no fui  
á entrarme en una prision;  
fui solo á una comision...  
la despaché y heme aquí.

CAMILA. Mas por orden reservada,  
al prior de la Cabrera,  
se mandó que os retuviera...

ZAMORA. Como no me han dicho nada  
de tal orden, á mi ver,  
siendo asunto reservado,  
quedo de hecho relevado  
del cargo de obedecer.  
¿Habia de estarme allí  
con los padres y el prior,  
cuando la gloria, el amor  
me estaban llamando aquí?  
¿Zamora allá en sus confines  
con ayunos y silicio  
cantando como un novicio  
en vísperas y maitines!...  
¡Oh!... ved que para un poeta  
es un lance harto pesado  
esto de verse obligado  
á hacer el anacoreta.

Por eso yo en la ocasion  
primera que vino á mano,  
conociendo lo profano  
de mi seglar vocacion,  
he trocado, y no me pesa,  
aunque me cueste disgustos,  
la morada de los justos

- por esta de la Princesa. —  
Al rey me presentaré...
- CAMILA. Tal vez os lo impedirán,  
porque el paso os negarán...
- ZAMORA. Entonces le escribiré,  
y Alberoni hará por mí  
lo demas.
- CAMILA. Poco de él fio...
- ZAMORA. Si tal, es amigo mio,  
y sabe que estoy aquí.
- CAMILA. ¿Lo sabe ya?
- ZAMORA. Sí por Dios.
- CAMILA. Pues habeis hecho muy mal.
- ZAMORA. ¿Tanto recelais?
- CAMILA. Cabal,  
están unidos los dos.  
Ella y él os quieren lejos;  
y creed, porque estoy cierta  
que esta prision encubierta  
la debeis á sus consejos. —
- ZAMORA. Podrá ser; pero estoy tal,  
que hasta tanto que lo vea,  
permitid que no le crea  
tan falso y tan desleal.  
Ni creed tampoco vos  
por mucho que lo aparenten,  
y aunque lo contrario os cuenten,  
en esa union de los dos...
- CAMILA. ¿Por qué, si es cosa segura?
- ZAMORA. Porque los conozco bien  
para que unidos estén...
- CAMILA. ¿De veras?
- ZAMORA. Mi fé os lo jura.  
Ambos tienen ambicion  
y mientras se necesiten,  
no es estraño que militen  
juntos y que haya esa union;  
pero el dia en que la suerte,  
á uno encumbre y á otro abata,  
vereis como desbarata  
tan bella union el mas fuerte.
- CAMILA. ¡Qué!... ¿Alberoni?...

ZAMORA.

Ellos allá:

si es esacto lo que os digo  
el tiempo será testigo,  
el tiempo nos lo dirá.

Hay ya quien sus cuentas hace,..  
y que de todo esto infiere,  
que ella es el astro que muere,  
que él es el astro que nace.

CAMILA.

Y ¿no os parece en buen hora  
que hablar así en tal momento  
es pensar sin fundamento,  
es delirar...

ZAMORA.

Yo, señora,  
saber lo cierto querria  
de esa union tan misteriosa;  
pero yo no sé otra cosa  
sino que hoy es un gran dia,  
porque el aliento del Cid  
hoy en mi seno se encuentra:  
porque hoy es el dia en que entra  
la nueva Reina en Madrid:  
porque á hacerle los honores  
hoy la Princesa salió...  
y aquí á solas me dejó  
para decirnos amores.—

CAMILA.

Y ¿pensais que no sabrá  
que habeis entrado hasta aquí?

ZAMORA.

Lo siento por vos.

CAMILA.

A mí  
prenderme no mandará...

ZAMORA.

Tampoco á mí.

CAMILA.

¿No? ¿por qué?

ZAMORA.

Porque para cuando vuelva  
y nuevamente resuelva  
mi destierro, no estaré.

CAMILA.

Hareis muy bien: su rigor  
os aconsejo evitar...

ZAMORA.

¡Oh! mucho le ha de costar  
volverme con el prior.—

CAMILA.

Tal no llegue á suceder...

## ESCENA IV.

CAMILA. ZAMORA. TERESA.

TERESA. ¡Señorita!

CAMILA. ¿Qué hay, Teresa?

TERESA. La señora.—

ZAMORA. ¡La Princesa!

TERESA. Está abajo...

CAMILA. Y os va á ver.

ZAMORA. ¿Qué importa?...

CAMILA. Aun no es ocasion...

*(A Teresa.)*

¿Podrá salir?...

TERESA. No señora;

ya sube....

CAMILA. ¡Por Dios, Zamora!

entraos en ese balcon.

ZAMORA. ¡Yo ahí! ¿quereis que de miedo  
dé tales pruebas aquí?

CAMILA. Ved que me salvais así.

ZAMORA. Bien, Camila, por vos cedo.

*(Entra en el balcon: Teresa se retira por el fondo y sale la Princesa.)*

## ESCENA V.

LA PRINCESA. CAMILA.

PRINCESA. ¡Ira de Dios!...

CAMILA. ¿Qué ha ocurrido?

¿qué teneis, querida tia?

PRINCESA. ¿Qué ha de ser, sobrina mia?...

¿Qué ha de ser?... que me han vendido.

Que aquel en quien yo he fiado,

que aquel á quien yo escuché

con la mejor buena fé...

es el que mas me ha engañado.

¡Oh! le animaba la envidia;

mas ¿quién sospechar pudiera

que en su corazón cupiera  
tanta dobléz y perfidia?

CAMILA. ¡Oh! ¡me llenais de terror!...

¿qué es lo que os ha sucedido?

PRINCESA. Una desgracia: he perdido  
de un golpe todo el favor.

CAMILA. ¡Eso es posible, señora?

¿visteis á la Reina?

PRINCESA. Sí;

allá con la corte fuí  
á saludarla en mal hora.—

CAMILA. ¿Y bien?...

PRINCESA. La que yo creia,

débil, llena de bondad,  
la que de su autoridad  
creí que nunca usaria,  
he hallado firme, altanera,  
y por mas que he trabajado  
mi cumplimiento ha aceptado  
con faz esquiva y severa.

CAMILA. Pero la Reina española

habrá procedido igual  
con todos allí...

PRINCESA. No tal,

severa conmigo sola.

CAMILA. Luego ¿estaba prevenida?

PRINCESA. Por supuesto: le habrán dicho

que ejerce aquí mi capricho  
la autoridad mas cumplida:

que sostiene mi importancia  
el embajador francés,

y que es mi solo interés

el interés de la Francia.

CAMILA. Mas ya encontrareis un medio

para alejar la tormenta...

PRINCESA. Del modo que se presenta,

Camila, ya no hay remedio.

Mi mejor tiempo ha pasado:

cambió la decoracion,

porque ya en esta nacion

la paz se ha consolidado;

y á pesar de que en la infancia

aun se revuelve y agita,  
 para audar no necesita  
 de los ausilios de Francia.  
 Esta sola es á mi ver  
 la gran verdad, la razon...  
 y hoy han hallado ocasion  
 para dármele á entender.  
 ¡Oh!... y plegue al cielo que ahora  
 al verme sin fuerza aquí,  
 no quieran cebarse en mí  
 mis enemigos...

CAMILA.

¡Señora!

¿Hay almas tan corrompidas...

PRINCESA.

Sí, hija mia, por demas.

CAMILA.

¿Eso pensais?...

PRINCESA.

No sé mas  
 sino que estamos perdidas.  
 Cuando el débil se hace fuerte  
 y logra sus esperanzas,  
 es terrible en sus venganzas,  
 y si hace guerra... es á muerte,  
 los que ayer eran leales  
 hoy se tendrán por infieles...  
 ¡Oh!... á romper voy los papeles  
 que puedan serme fatales.

*(Se retira por la izquierda y Zamora deja el balcon.)*

## ESCENA VI.

CAMILA. ZAMORA.

CAMILA.

¿Habeis escuchado?

ZAMORA.

Sí;

lo mismo que yo temia  
 y que hace poco os decia:  
 venció Alberoni...

CAMILA.

¡Ay de mí!

ZAMORA.

No os altereis vos ahora;  
 que abatido ó encumbrado  
 siempre estará á vuestro lado  
 D. Antonio de Zamora.—

CAMILA.

¡Oh!... en cuanto á mí estoy tranquila...

mas ella... aquí abandonada  
pueden en esta jornada  
atropellarla...

ZAMORA.

Camila,

eso nunca podrá ser,  
ni jamás debeis sentir  
males que están porvenir,  
que aun no se han dejado ver.—  
Esperad: voy á palacio;  
en él yo encontraré modo  
para enterarme de todo  
lo que hay, y en un breve espacio  
de tiempo aquí volveré;  
y de cuanto hora suceda  
y suceder luego pueda,  
noticia esacta os daré...

CAMILA.

¡Atended!... ¿no ois rumor  
lejano de multitud...

ZAMORA.

Camila, es vuestra inquietud;  
desechad todo temor.  
La serenidad conviene  
en tales momentos...

CAMILA.

Si;

mas si se arrojan aquí...

ZAMORA.

Aquí me hallarán.

CAMILA.

¿Quién viene?

## ESCENA VII.

CAMILA. ZAMORA. D. JUDAS.

JUDAS.

¡Oh, señores!... ¿aun no está?

CAMILA.

¿Quién?

JUDAS.

Alberoni.

CAMILA.

No...

JUDAS.

¿No?

pues me han dicho que salió  
de palacio, y que hácia acá...

CAMILA.

Pues aun no ha llegado aquí...

JUDAS.

Me anticipé...

CAMILA.

Y ¿qué se escucha  
por fuera? decid, ¿hay mucha



JUDAS. Es Alberoni, con tropa...  
viene mas de un batallon...

CAMILA. ¿A qué será!...

JUDAS. ¡No hay cuidado!

á mejor tiempo el socorro  
no pudiera llegar... corro  
á su encuentro...

(*Aparece Alberoni en el fondo.*)

¡Ah!... me ha escusado...

### ESCENA VIII.

CAMILA. ALBERONI. ZAMORA. D. JUDAS.

ALBERONI. ¿Quereis mandar, señorita,  
si sois tan amable ahora,  
que anuncien á mi señora  
la Princesa esta visita?

CAMILA. Yo misma lo haré, señor,  
si Alberoni antes me jura  
que está segura...

ALBERONI. ¡Oh! segura;  
os lo afirmo por mi honor.—

### ESCENA IX.

ALBERONI. ZAMORA. D. JUDAS.

ALBERONI. Ya esperaba yo, Zamora,  
en esta casa encontraros.

ZAMORA. Alberoni, vamos claros,  
¿qué es esto que pasa ahora?

ALBERONI. Que es hoy mi fortuna tal,  
que sin mérito cumplido  
nombrarme el Rey se ha servido  
su ministro universal.  
Como vos lejos de aqui  
dos meses habeis estado,  
sin duda no habrá llegado  
hásta vos...

JUDAS. ¡Hasta mí, sí!

me lo daba el corazon,  
y asi lo vaticinaba:  
hace tiempo que esperaba  
vuestra justa elevacion.

ALBERONI.

¿Con que... vos?

JUDAS.

Soy muy feliz

para esto de adivinar...  
en punto á brujulear,  
no tiene igual mi nariz.  
¡Oh! y asi la he sostenido  
con los que apenas me oian,  
de mi opinion se reian  
mucho; en regla me he batido.

ALBERONI.

Por mí... ¿vos?...

JUDAS.

Por de contado;

porque há tiempo que os profeso  
mucha adhesion, y os confieso  
que...

ALBERONI.

(*Llevándoselo á un lado.*)

Gracias; habeis mostrado  
amigo en esta ocasion  
un valor digno de Pirro.—(*Bajo.*)  
Os voy á nombrar...

JUDAS.

¿Qué???

ALBERONI.

Esbirro

de la Santa Inquisicion.

JUDAS.

Cómo... ¿qué? ¿esbirro?...

ALBERONI.

Sí tal.

JUDAS.

Pero... yo...

ALBERONI.

Sin duda alguna;

para eso vos, teneis una  
disposicion especial.

JUDAS.

Pero... reparad por Dios.

ALBERONI.

Parece, por lo que veo,  
que no os agrada el empleo...

JUDAS.

No mucho...

ALBERONI.

Es digno de vos.

JUDAS.

¿Digno?...

ALBERONI.

¿Lo dudais ahora?

si os quereis asegurar,  
lo podemos consultar  
con el amigo Zamora.



no sé vuestra autoridad  
qué dispondrá de ellas.

ALBERONI. ¡No!

ved que no dispongo yo.

ZAMORA. ¿Pues quién es?

ALBERONI. Su magestad.

ZAMORA. Pero, ¿en fin...

ALBERONI. No os dé cuidado:

estas gentes poderosas  
por muy mal que anden las cosas  
quedan siempre en buen estado.

ZAMORA. Y ese estado ¿cuál vá á ser?

ALBERONI. Os hago formal promesa...  
pero aqui está la Princesa,  
pronto lo vais á saber.

### ESCENA ÚLTIMA.

LA PRINCESA. CAMILA. ALBERONI. ZAMORA.

ALBERONI. Señora...

PRINCESA. Vuestra visita  
no me estraña, consejero.

ALBERONI. ¿La esperábais?

PRINCESA. Sí; y espero  
muy resignada y contrita  
todas las resultas de ella.

ALBERONI. Me place hallaros ahora  
tan resignada, señora.

PRINCESA. Asi lo quiere mi estrella.  
¿Qué se pide contra mí?  
¿se conjura la nacion,  
y en perpétua reclusion  
me obligan á estar aquí?  
¿O es tanta ya la grandeza  
del que en mi daño conspira,  
que al verme sin fuerza aspira  
á derribar mi cabeza?

Hablad, que cuanto digais  
no ha de sorprenderme á fé.

ALBERONI. Pero, Princesa, ¿por qué  
de mí tan poco esperais?

- PRINCESA. De quien me supo engañar  
sobre la boda de España  
con tanta destreza y maña...  
¿qué es lo que puedo esperar?
- ALBERONI. En cambio de eso os diré  
que vuestro enojo de ahora,  
os hace olvidar, señora,  
que entonces no os engañé.
- PRINCESA. Siempre la serenidad  
en vos encuentro dispuesta...  
¿la doña Isabel es esta  
que era la suma bondad?  
¿la que de nada cuidaba...
- ALBERONI. Y os dije, señora mia,  
á la vez, que un año hacia  
que de su lado faltaba.  
Y en un año que ha pasado  
me encuentro, con gran sorpresa,  
que aquel carácter, Princesa,  
enteramente ha cambiado.
- PRINCESA. ¡Qué desgracia!
- ALBERONI. Mucha, sí,  
para vos; mas para España,  
si mi juicio no se engaña,  
conviene una Reina asi.—
- PRINCESA. A darme en esta ocasion  
consejos, no habreis entrado,  
pues supongo que encargado  
vendreis de alguna mision...
- ALBERONI. La he querido retardar  
lo posible; pero instais,  
y una vez que me obligais  
tendré, Princesa, que hablar  
por no seros importuno:  
el Rey, señora, os destierra  
de toda la hispana tierra.
- PRINCESA. ¿Qué tiempo me dá?
- ALBERONI. Ninguno.
- PRINCESA. ¿Ninguno!
- ALBERONI. (*Le entrega un papel.*)  
Mirad aqui  
su Real decreto firmado.

PRINCESA.

*(Examinándolo.)*No os habeis equivocado...  
salir al momento... sí.

ALBERONI.

Ya veis...

PRINCESA.

Salir de esta suerte  
y en momento tan fatal,  
señor ministro, es igual  
á una sentencia de muerte.

ALBERONI.

¿Tal pensais de ese decreto?

PRINCESA.

Tal pienso de su eficacia:  
ya se sabrá mi desgracia,  
el vulgo andará ya inquieto.  
Y al verme en medio del día,  
es claro, se agruparán  
y mi coche asaltarán  
con frenética alegría.  
Se dirá que fué un descuido,  
harán que en breve se olvide...  
si es esto lo que se pide  
pronto estará conseguido.

ALBERONI.

No señora; os salvará  
el gobierno á toda costa:  
en una silla de posta,  
que ya aguardándoos está,  
bien custodiada, saldreis  
con toda la dignidad  
que por vuestra calidad  
y talentos merecis.  
Esto quiere, aunque os asombre,  
nuestro Rey; no lo que os dañe:  
y para que os acompañe  
os concede un gentil-hombre.  
Un gentil-hombre, señora,  
que vereis con interés,  
porque os aprecia.

PRINCESA.

¿Quién és?

ALBERONI.

Don Antonio de Zamora.—

CAMILA.

*(Con alegría.)* ¡Ah!

PRINCESA.

¿Zamora!... todo aqui  
cambia de faz... ¡bien por Dios!  
ayer os prendí yo á vos  
y hoy me guardais vos á mí.

¡Bravo! lo de la Cabrera  
os ruego que lo olvideis...  
y que sin rencor trateis  
hoy á vuestra prisionera.

ZAMORA. Señora, hasta este momento  
os confieso que ignoraba  
que el Rey de este modo honraba  
mi escaso merecimiento.

Yo os juro que esta mision  
sabré cumplir como honrado.

ALBERONI. (*Bajo.*) A ver si volveis casado  
de esta linda espedicion.

Y en fin, Princesa : no os den  
mis hechos temor ahora :

si salis de aqui, es, señora,  
porque no estais aqui bien.

Es violenta la medida,  
pero es en vuestro favor :

cuanto mas esteis, peor  
será despues la salida.

Y como esta circunstancia  
aun no pudo circular,

segura podreis llegar  
á la frontera de Francia.

Allí estais vos mas querida,  
sois opulenta tambien,

y allí podreis vivir bien  
envidiada y bendecida.

(*A Zamora.*)

Os tendré muy en memoria  
mas para cuando volvais,

os ruego que no escribais  
otra comedia de historia.

ZAMORA. Escribir es mi destino :  
y en cuanto á historia... por Dios,  
no olvideis que fuísteis vos  
el que me trazó el camino.

Tendré un grave sentimiento,  
mas si el gobierno dá pié,

os juro que escribiré  
no digo una, sino ciento.

ALBERONI. No llegará esa ocasion :

tender la vista podeis  
hoy por España, ¿qué veis?  
destrozada la nacion.  
Pues bien: yo haré que este suelo  
tesoros vuelva á brotar,  
si me dejan levantar  
sobre los aires el vuelo.  
Yo, desde Oriente á Occidente,  
desde el Sur al Septentrion,  
haré que ante el pabellon  
de España doblen la freute.  
Y si el cielo soberano  
dá nueva fuerza á mi aliento  
y deja que al pensamiento  
ciega obedezca la mano,  
yo haré que al oir el mundo  
que habla Castilla con saña,  
piense que le habla la España  
del gran Felipe segundo.

FIN DE LA COMEDIA.

*Las producciones dramáticas y poesias de este autor, se hallan en Madrid en las librerias de Cuesta y Rios, y en las principales de las provincias. cuyos titulos son:*

- Del mal el menos.
- Toros y cañas.
- Quien mas pone pierde mas.
- Ribera ó la fortuna en la prision.
- El rigor de las desdichas. .
- Las simpatias ó el cortijo de Cristo.
- El diablo cojuelo.
- Las ventas de Cárdenas.
- Dos validos ó castillos en el aire.
- Detrás de la cruz el diablo.
- La bruja de Lanjaron.
- Casada virgen y mártir.
- La rueda de la fortuna, 1.<sup>a</sup> parte.
- La rueda de la fortuna, 2.<sup>a</sup> parte.
- Honra y provecho.
- La feria de Mairena.
- Bandera negra.
- Al César lo que es del César.
- La infanta Galiana.
- Una onza á terno seco.
- La entrada en el gran mundo.
- Arte de hacer fortuna.
- Un trueno.
- La corte de Cárlos II.
- Poesias andaluzas, un tomo.

